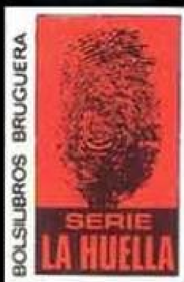


Lou CARRIGAN

¡ADIOS, MUNDO CRUEL!


COLECCION
LA HUELLA
eb

LOU CARRIGAN

¡ADIOS, MUNDO CRUEL!

Colección LA HUELLA n.° 25
Publicación quincenal
Aparece los lunes



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA - BOGOTÁ - BUENOS AIRES - CARACAS - MÉXICO

ISBN: 84-02-03656-2
Depósito legal: B 12615-1976

Impreso en España - Printed in Spain

1.ª edición en esta Colección: mayo, 1976

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de EDITORIAL BRUGUERA S. A.
Mora la Nueva, 2 – Barcelona - 1974

Capítulo primero

Morris Mac Nab entró en el vestíbulo del lujoso edificio donde tenía su apartamento. Su céntrico apartamento en Chicago, nada menos que en Washington Boulevard, cerca de Union Park.

Se fue directo a los buzones, abrió el suyo, y retiró la correspondencia. Poca cosa. Allí recibía muy pocas cartas. En cambio, en su oficina de Archer Avenue recibía verdaderos montones de correspondencia de toda clase, empezando por folletos publicitarios y terminando por ofertas de exóticos viajes… pasando por misivas de todas clases: desde las que solicitaban una entrevista en puntos muy distantes, para contratarlo, a las que le amenazaban de muerte por haber metido sus narices en asuntos que no le concernían.

Generalmente, estas últimas eran anónimos. Así que Morris Mac Nab se quedaba con las ganas de contestar a esas misivas diciendo que metía sus narices en asuntos que sí le concernían, puesto que si él era detective privado, y alguien le contrataba para investigar, pues… investigaba.

¡Y vaya si investigaba! Cuando Mac Nab ponía su nariz a husmear, no le apartaba de la pista ni el estallido de una bomba de hidrógeno, valga el ejemplo. Sus colegas en la profesión de detective privado solían decir tres cosas de Morris Mac Nab:

- a) Que era un tipo atractivo, inteligente y simpático… a pesar de todo.
- b) Que debía tener una bola de cristal de pitonisa, muy bien escondida, y en la que veía la verdad de todos los casos que investigaba.
- c) Que con las cualidades expresadas en a y b, Mac Nab los

tenía sumamente cabreados, ya que no había forma de competir con él.

De todo esto se desprende que Mac Nab era un detective privado no usual, esto es, famoso y rico. Si todo esto lo hubiera conseguido a los… cincuenta y tantos años, por ejemplo, la cosa habría resultado tolerable, pues los demás siempre tendrían la esperanza de ser como Mac Nab cuando también alcanzasen esa edad. Pero, ser famoso, inteligente, guapo y rico a los veintinueve años… ¡Vamos, que había para enfadarse de verdad, demonios!

Tras cerrar el buzón, Mac Nab se dirigió hacia el ascensor, pasando entre sus manos la escasa correspondencia. No había nada interesante en ella, así que se la guardó en un bolsillo, y, al mismo tiempo, veía al conserje del edificio, que le contemplaba desde detrás del mostrador.

—Hola, Pete. ¿Qué tal?

—Buenas tardes, señor Mac Nab. Ya ve: bien. ¿A cuántas adúlteras ha cazado hoy?

—Setecientas treinta y nueve —sonrió Morris Mac Nab.

—Caramba, esto se está desanimando, ¿verdad? La última vez que le pregunté había cazado ochocientas quince.

—Pete, mi profesión está en declive —se apoyó Mac Nab en el reluciente mostrador—. ¿Y sabes por qué?

—No, señor. ¿Por qué?

—Te lo explicaré. En tiempos de mi padre, el nunca bastante llorado y ensalzado capitán de policía Milton Mac Nab, habían dos clases de personas. A saber: honradas y sinvergüenzas. Así las cosas, uno se encontraba con la mitad del trabajo ya realizado. Por ejemplo, si investigabas a una persona, y te enterabas de que era honrada, pues era honrada, y ya está. Y si era sinvergüenza, pues era sinvergüenza, y punto y aparte. Al honrado se le daba un caramelo, y al sinvergüenza un estupendo guantazo. Pero hoy día, las cosas están en plena evolución, y nunca sabes con qué pie debes salir de casa, A lo mejor estás curioseando en la vida de un sinvergüenza, y te lo encuentras un día haciendo un negocio honrado que, ¡pásmate, querido Pete!, resulta que también es beneficioso para la otra persona que negocia; y cuando todavía estás desconcertado, ves al sinvergüenza comprándole un helado a

una niña o ayudando a una anciana a hacer un jersey de punto, pongo por ejemplo. ¿Me sigues?

—Sí, señor —rió Pete—. ¡Vaya si le sigo!

—Bien, Ahora, vamos a tomar como sujeto digno de estudio a una persona honrada. Es honrada y ha sido honrada… Pero, de pronto, le levantas un día el sombrero, y ves debajo tal cantidad de mierda, pongo por caso, que te caes de espalda. ¡Pero, hombre…!, le decimos, ¿no es usted fulanito, siempre tan honrado y buena persona? Sí, señor, te contesta, pero ya ve usted, ¡la vida…! ¿Qué le pasa a la vida?, le preguntamos. ¡Hombre, que está que da asco!, así que si todo está que da asco, ¿por qué no he de estar yo hecho un asco también?

—Cáscaras —se rascó la cabeza Pete—, ¡eso quiere decir que yo puedo convertirme en un sinvergüenza en cualquier momento! ¿No es así?

—¡Toma… tú y cualquiera! ¡Hasta yo mismo!

—¿Usted?

—Yo, yo, yo. Otro ejemplo… Supongamos que entro en un Banco, y veo sobre una de las mesas destinadas al público, un maletín cerrado. Lo abro. ¿Y qué veo? ¡Santo cielo, dos millones de dólares! Alguien los ha olvidado allí, nadie me mira… ¡Puedo agarrar el maletín, salir de allí, y convertirme en millonario! ¿Qué hago entonces…?

—¡Se larga con el maletín!

—No, señor. Agarro el maletín, me voy directo a la empleada más guapa del Banco, y le digo: bella y eficiente señorita con la que muy a gusto pasaría la velada del día de hoy, he aquí un maletín que contiene dos millones de dólares y que alguna buena persona pavorosamente distraída se ha dejado olvidado en aquella mesa; yo le ruego a usted, pelirroja de mis pensamientos, que con el debido comedimiento para no asustar al personal, haga correr la voz de que una persona honrada está dispuesta a devolver tan sabroso maletín. Sí, señor, ¡eso es lo que yo haría!

—Hombre, pues… yo no sé si…

—Espera un momento. Sigamos con el rollo… Ya he devuelto los dos millones de dólares. Me siento seráfico, angelical, bueno como un trago de *whisky*, inigualable, patriota… ¡Vamos, lo mejor del mundo! Realizo mi gestión en el Banco, sonrió, acepto felicitaciones

y convites a cenar por parte de admiradas damas de alta alcurnia y caballeros que me ofrecen apoyo para conseguir la presidencia de Estados Unidos. Magnífico. Maravilloso. ¡Qué grande soy…! Bueno, pues decido que ha llegado el momento de marcharme del Banco, y entonces, al pasar otra vez junto a la mesa en cuestión… ¿qué veo allí?

—¡Otros dos millones de dólares!

—Hombre, no exageremos. Lo que veo es… un simple, solitario, arrugado, pringoso e insignificante billete de a dólar. ¿Qué hago entonces?

—¡Lo devuelve!

—Ajá, sabía que fallarías. Fíjate bien, Pete, porque ahora llega el momento de exponer todo el desarrollo mental de esta humanidad doliente y desconcertada. Veo el billete de a dólar, miro a mi alrededor con cautela… ¡Nadie me está mirando! Entonces, ¡agarro el billete de a dólar, lo meto en mi bolsillo, y salgo a toda prisa del Banco! Carambolas, pienso, ¡con esto tengo para el taxi de vuelta a mi oficina! ¿Qué soy entonces, Pete?

—Un sinvergüenza y un ladrón, ¿no?

—No, señor: lo que soy entonces es un alma de cántaro.

Pete lanzó la gran carcajada, y Morris Mac Nab guiñó un ojo.

—Así están las cosas, querido Pete. En estos sofisticados y estrambóticos tiempos, nunca sabes a qué atenerte. Igual un día paso por aquí, te saludo, y tú me escupes al pescuezo, porque quizá te ha parecido que cojeo y a ti no te gustan los cojos. ¿Me vas comprendiendo?

—No, señor.

—¡Perfecto! Pues, eso mismo me pasa a mí con la gente: ha llegado el momento en que ya no sé qué pensar de ella. Bien, mí querido, simpático y servicial Pete: no estoy para nadie. Tú ya me comprendes.

—Sí, señor —sonrió Pete—: ahora subirá a su apartamento se bañará, se pondrá en batín…

—En kimono. Es un kimono japonés que me favorece mucho. Resalta mi natural belleza masculina y mi complexión atlética. Cuando era niño y veía películas en las que aparecían japoneses en kimono, pensaba, ¡ahí va, ésos deben ser maricas, porque llevan faldas! Pero ahora que ya voy para viejo, me he dado cuenta de que

los japoneses, en cuestión de indumentaria, siempre han entendido más que nosotros. Bien, estábamos en lo del kimono… ¿Qué sigue?

—Se preparará una buena cena —rió Pete—, y se tumbará a leer, o a escuchar música, o quizá a ver televisión. O bien, se solazará gozando de la magnificencia de sus pensamientos propios sobre la vida, la muerte y la gente. Y finalmente, se dormirá como un niño de pecho.

—Hablando de pecho —susurró Mac Nab, que estaba mirando hacia la puerta—: ¿podrías prestarme una cinta métrica?

Pete se desconcertó. Pero sólo un instante, porque cuando, a su vez miró hacia la entrada, comprendió perfectamente a Morris Mac Nab. Sí, señor, él también le tomaría con mucho gusto las medidas a la joven que acababa de entrar. Era pelirroja, joven, preciosa, elegante, caminaba con una gracia sin fin, y, como consecuencia de esto último, su abundante anatomía superior se movía con una cadencia digna de la mayor admiración.

—Se llama Marylin Milford —susurró Pete—: es nueva en el edificio.

—Ah. ¿Tiene alquilado un apartamento aquí? Pues debe ser rica, además de estar muy rica. ¿Qué apartamento tiene?

—El

4 B.

Llegó hace dos días.

—No la había visto. Vaya un par de ojos tontos que tengo, querido Pete…

—Buenas tardes —saludó la pelirroja, pasando cerca de ellos.

—Buenas tardes, señorita Milford —saludó Pete.

—Buenísimas —añadió Mac Nab—. Bueno, Pete, ya sabes.

—Sí, señor.

Mac Nab aceleró la marcha, llegando ante el ascensor al mismo tiempo que la pelirroja.

—Permítame —abrió la puerta.

—Gracias.

La muchacha entró en la cabina, Mac Nab lo hizo detrás, cerró las puertas, y pulsó el botón del piso cuarto. Miró a la pelirroja, y sonrió.

—Yo vivo en el tercero —aclaró—, pero me gusta viajar en ascensor. Hace una hermosa tarde de primavera, ¿no le parece?

—Sí… Muy hermosa.

—Sólo por eso soporto Chicago: por la primavera. Porque en las demás estaciones, ¿sabe usted qué haría yo?

—No, no lo sé —comenzó a sonreír Marylin Milford.

—Me iría bien lejos. A las Hawai, pongo por caso. ¿Ha estado usted en las Hawai?

—No… No.

—Precisamente, el otro día recibí un folleto turístico asegurándome que debo ir allá. ¿Quiere que saque dos pasajes?

—Ahora es invierno o poco menos, en las Hawai.

—Sí, ya sé. ¡Qué cosa curiosa, ¿verdad?! Cuando en el hemisferio Norte es verano, en el Sur es invierno. Yo creo que esto es un ardid de las agencias de turismo, para obligar a la gente a viajar. De todos modos, ¡santo cielo, el invierno en Hawai es mejor que el verano en Chicago! Templadito, seco, sin lluvias torrenciales, los volcanes se toman un descanso, las hawaianas bailan esas cosas tan deliciosas, le ponen a uno flores por todas partes… ¡Ah, el invierno en Hawai!

—Se ve que usted conoce bien ese lugar.

—¿Yo? ¡Jamás he estado allí!

—¡Oh!

—Pero tengo una imaginación monstruosa. Un día, cuando era pequeñito, mi madre me encontró en el gallinero, y me llamó: Morris, hijo mío, ¿qué haces ahí? ¿Sabe qué estaba haciendo…? A propósito, mi nombre es Mac Nab Morris Mac Nab… ¿Qué diría usted que estaba haciendo yo en el gallinero?

—No tengo la menor idea, señor Mac Nab.

—Pues verá usted… Yo había visto que si los huevos que ponían las gallinas, en lugar de comérnoslos, los dejábamos, que los fuesen incubando, al cabo de algún tiempo aparecía un pollito, feo y desplumado, pero que con el tiempo se convertía en un gallo o una gallina. ¿Se da cuenta?

—Sí, es un proceso que ya conozco.

—Estupendo. Bueno, pues… Verá, mi padre, que era un tipo grande donde los haya habido, me había regalado una moneda de a dólar. Me parece que yo tenía entonces siete años, o sea, sesenta menos que ahora. Bien, como le decía… ¿De qué se ríe?

—De nada —exclamó la pelirroja, todavía riendo—. Siga, siga

usted, por favor.

—Pues sí, yo estaba en el gallinero, con mi moneda de a dólar. Había estado pensando en cómo invertir mi capital, y finalmente, encontré la solución: incrementarlo, dedicarme a las altas finanzas. Con un dólar, podía tener dos; con dos dólares, cuatro dólares; con cuatro dólares, ocho, ocho. De modo que me metí en el gallinero, le alcé el asiento a la gallina más grande que teníamos, y le metí la moneda debajo, para que la incubase.

—¿Y qué pasó?

—Tuve que lavarla. Luego, me compré un dólar de maní. La verdad es que no sé cómo me aceptaron aquella moneda, porque olía francamente mal… Todo lo contrario que usted, que huele divinamente… París. Chanel. ¿A qué sí?

La pelirroja pudo dejar de reír, por fin, y señaló las puertas de la cabina.

—Señor Mac Nab, hace un buen rato que hemos llegado a mi piso.

—Oh. Fin de trayecto. ¿Le gustaría cenar *paté*, salmón y champaña?

—Quizá otro día, señor Mac Nab. Hoy estoy muy cansada.

—La comprendo a usted. Y ahora, en serio —olfateó cómicamente Morris—: ¿Chanel número cinco?

—Sólo «Tormenta», de
Atkinson’s.
Buenas tardes, señor Mac Nab.

—Buenas tardes, señorita Milford.

Ella le miró levemente sorprendida. Salió del ascensor y fue hacia la puerta de su apartamento. La abrió, se volvió, sonrió a Mac Nab, y éste, tras agitar los dedos en alto, cerró las puertas y regresó al piso tercero, donde tenía su apartamento, el 3 A.

Eran las siete menos cuarto.

A las ocho, Mac Nab habíase bañado largamente, había cenado luego con gran parsimonia (en efecto, *paté*, salmón y champaña: la señorita Milford se lo había perdido), y por último, tras tomar café, se preparó un *whisky* doble con hielo, eligió un libro de la formidable librería de su salón de estar, y se hundió en un confortable sillón. Hacia las nueve, cerró el libro, fue a colocarlo en su sitio, y se dispuso a escuchar música. En la vida, hay que saber

organizarse a fin de tener, tiempo para todo lo bueno.

Eligió *Spartacus*, de Khachaturian. Colocó el larga duración en el magnífico tocadiscos cuadrafónico, y volvió al sillón. En realidad, Mac Nab sólo estaba demostrando que era inteligente. Durante el día, era un perro de presa, tenía mil asuntos que atender, y mil líos que desliar. La máquina funcionaba entonces a todo rendimiento. Pero, cuando llegaba el momento de descansar, había que convertirlo en un arte. Hay que saber relajarse, recargar lentamente las baterías mentales, reponer energías físicas, equilibrar…

¡*Crack*!, oyó el estampido del disparo.

CAPÍTULO II

Mac Nab se puso en pie de un salto, para quedar enseguida como petrificado, ladeada la cabeza, escuchando, durante tres o cuatro segundos. Luego, se acercó al tocadiscos y detuvo su marcha. Silencio.

Silencio.

¿Se había dormido y lo había soñado? No hacía muchos días había tenido un tiroteo con un par de tipos, y quizá su subconsciente le estaba jugando una mala pasada…

—No.

No, no, no… se repitió ahora *in mente*. Nada de sueños… Comenzó a oír voces en el pasillo. Dio media vuelta, cruzó el salón, recorrió rápidamente el pasillo del apartamento, y abrió la puerta, saliendo al que distribuía los apartamentos del tercer piso. Habían varios vecinos allí, desconcertados, que al verle parecieron ver la salvación.

—¡Señor Mac Nab! —exclamó *mistres* Hawthorne—. ¡Nos ha parecido oír un disparo!

—Y yo diría —señaló míster Hawthorne la puerta 3 B—, que ha sido en este apartamento.

—Ahí vive el escritor que llegó hace poco —añadió míster Nolan.

Mac Nab estaba asintiendo con la cabeza. Sí, él había oído el disparo con tanta claridad, pese a la música de Khachaturian, que también estaba seguro de que había sido en el apartamento vecino al suyo, el 3 B. Cierto, donde vivía el escritor que había llegado hacía poco… ¡El maldito escritor que a veces se pasaba escribiendo a máquina hasta la una de la madrugada! ¡Ta-ca-taca-ca-ta-ca-taa…!, y que él oía desde su dormitorio.

—Todos tranquilos, por favor —pidió Mac Nab—. Antes de alarmarnos, veamos si encontramos una explicación. Quizá al señor Jamison se le haya disparado una pistola.

Se acercó a la puerta, puso la mano en el pomo, y lo movió. El pomo cedió. Mac Nab empujó la puerta, y asomó la cabeza. Había luz a la izquierda del pasillo, precisamente en el salón.

—¿Señor Jamison? —llamó.

Silencio.

Mac Nab volvió la cabeza.

—Por favor, no entren. Si ha ocurrido algo, nadie debe tocar nada. Que no entre nadie.

Entró él, dejando la puerta abierta. Inmediatamente, todavía con un pie en el aire, se detuvo. Las aletas de su nariz se movieron… Sí, señor: «Tormenta». Estaba oliendo «Tormenta», de la casa Atkinson's.

Acabó de poner el pie en el suelo, y siguió caminando.

—¿Señor Jamison? —insistió.

Entró en el salón, y entonces vio al señor Jamison. Se acercó, hasta quedar delante de él, y se quedó contemplándolo seriamente. No había para menos. El señor Jamison estaba sentado en un sillón. Se hallaba en pijama. Sus brazos colgaban por los lados del sillón. En el suelo, muy cerca de la mano derecha, había un pistola… con la cual, bien a la vista estaba, el señor Jamison se había destrozado la parte superior frontal derecha de la cabeza, al dispararse un balazo a la sien.

Morris Mac Nab miró alrededor. Todo estaba en orden, el ambiente era apacible.

Simplemente, aquel pobre hombre se había suicidado. ¿Se había suicidado… después de recibir la visita de la pelirroja Marylin Milford? Porque tampoco esto lo había soñado Mac Nab. Precisamente, allí se notaba todavía el perfume de la muchacha.

Salió del apartamento, sin tocar más la puerta. Los vecinos lo miraban con expresión expectante. Habían más, procedentes de otros pisos. Incluso, con una preciosa bata sobre un camisón que a Mac Nab le habría gustado examinar con detalle en otras circunstancias, estaba Marylin Milford. Y se oían en las escaleras los pasos de otros vecinos de otros pisos que acudían.

—El señor Jamison se ha disparado un tiro en la cabeza —dijo

inexpresivamente Mac Nab—. Insisto en que nadie entre en el apartamento. Yo llamaré desde mi teléfono a la policía. Con un poco de suerte, conseguiré que envíen al teniente Foreman.

* * *

—¿Lo encontraste así? —preguntó Foreman.

—Hombre, no —gruñó Mac Nab—: ¡si te parece me he dedicado a bailar con él y luego lo he dejado en el sillón!

—Bueno, bueno —se disculpó Foreman por su tonta pregunta—, algo tenía que decir. ¿Qué sabes de él?

—Prácticamente, nada.

Foreman se rascó la punta de la nariz. Luego, agarró a Mac Nab de un brazo, y lo apartó, haciendo al mismo tiempo una seña a sus hombres, uno de los cuales comenzó a tomar fotografías del cadáver. La investigación técnica comenzaba.

—Pues dime lo que sepas.

—Se llamaba Henry Jamison. Llegó al edificio hará unas tres semanas, me parece. Pete te dirá la fecha exacta, naturalmente. Creo que era escritor. Demonios, al menos siempre estaba escribiendo a máquina. Todos pensamos que era escritor. Era un hombre taciturno, poco dado a intimar. En lo que a mí concierne, me lo encontré solo un par de veces, una abajo, al ir a tomar el ascensor y otra cuando una noche tuve que salir y él iba a entrar en su apartamento, con una bolsa de víveres. Creo que sólo salía por las noches, y muy de vez en cuando. Que yo sepa, no ha intimado con nadie de la casa. Claro que sólo llevaba aquí tres semanas…

—¿Le visitaba alguien?

—No lo sé —musitó Mac Nab.

—Pero el conserje sí debe saberlo.

—Supongo que sí.

—Vamos, vamos, Mac Nab, eres tan profesional como yo, así que dime lo que sabes que te voy a ir preguntando.

—Te lo he dicho todo, de verdad. Ninguno de la casa sabemos nada de él, en concreto. Llegó, se encerró en su apartamento, y se pasaba el tiempo escribiendo a máquina. Tenía unos cuarenta y tres o cuarenta y cuatro años, calculo, era bien parecido, discreto, tranquilo… Demonios, ¿acaso quieres que me invente algo?

—Claro que no. Bueno, ya iremos sabiendo cosas de él.

Seguramente tendrá familia, amigos… Y por otra parte, es un caso claro de suicidio, ¿no te parece?

—Desde luego.

Foreman abrió la boca, pero vio a uno de sus hombres que se acercaba a ellos mostrando en alto una cuartilla, y esperó. El detective le entregó la cuartilla, Foreman la miró, y la tendió a Mac Nab, mostrándole gran deferencia, mientras preguntaba:

—¿Dónde estaba, Lloyd?

—Colocada sobre la máquina de escribir.

Mac Nab estaba leyendo lo escrito en la cuartilla, A mano, pero con letra muy clara. El mensaje era brevísimo:

Adiós, mundo cruel.

—¿Sobre la máquina, o puesta en el carro?

—No, no; sobre la máquina, simplemente.

—Es un modo muy original de despedirse de la vida. ¿Qué dices tú, Mac Nab?

—¿Qué demonios quieres que diga? —Le devolvió Morris la cuartilla—. El pobre hombre debía estar harto de esta cochina vida, y se pegó un tiro. Punto final. Por de pronto, estoy de acuerdo con él en esto de «mundo cruel»… Lo cual no quiere decir que yo esté dispuesto a pegarme un tiro. ¿Me necesitas para algo?

Foreman encogió los hombros.

—Todo está claro, así que procederemos como es habitual en estos casos… tan frecuentes, por desgracia.

—Sí. Bien, regreso a mi apartamento. Pásate luego a tomar una copa, si quieres.

—Buena idea. ¿Tu padre bebía cuando estaba de servicio?

—Ahora la tontería la he dicho yo. Estamos en paz. ¿Café, entonces?

—*Okay*. Hasta luego.

Morris Mac Nab regresó a su apartamento. Se acomodó en el sillón, y encendió un cigarrillo. ¿Debía decirle a Foreman que estaba seguro de que la vecinita del busto magnífico, Marylin Milford, había estado en el apartamento del suicida? Y ciertamente, no mucho antes del suicidio, ya que de otro modo, el perfume se habría desvanecido, porque la puerta-ventana que daba a la terraza

estaba abierta de par en par, permitiendo la entrada a la tibieza de la noche primaveral…

A través del tabique de separación de apartamentos, oía el rumor de la policía realizando sus gestiones habituales. Llegaría el forense, se llevarían el cadáver en una ambulancia, seguramente, tomarían entonces huellas de todas partes… Aunque, ¿para qué, en un clarísimo caso de suicidio? Por supuesto, harían la prueba de la parafina con la mano derecha del muerto, para saber si él había disparado un arma… el arma suicida. Rutina.

«Y si ella ha estado en el apartamento de Jamison, ¿por qué no dice nada?».

Pensó en subir al apartamento
4 B
para conversar con Marylin Milford, pero rechazó la idea. Al menos, mientras Foreman estuviese por allí. Esperaría. Sólo eran las diez menos veinte.

A las diez y diez llegó Foreman. Mac Nab había preparado ya el café, pero él siguió con el *whisky*, lo que le ganó una enfurruñada mirada del policía.

—Hombre, ya podías tener la delicadeza de no beber *whisky* en este momento, sabiendo que yo no puedo hacerlo.

—Hazte detective privado, y podrás beber siempre que quieras.

—Muy gracioso. —Foreman bebió café, dejó la taza, y aceptó el cigarrillo que le ofrecía Mac Nab—. ¿De modo que todos los vecinos pensáis que ese hombre era escritor?

—Siempre estaba escribiendo a máquina.

—Pues no sé qué debía escribir, porque no hemos encontrado ni una sola cuartilla escrita a máquina en su apartamento.

—Bueno —dijo Mac Nab tras reflexionar un instante—, quizá terminó el trabajo que estaba haciendo, y lo envió a alguien. Posiblemente a un editor, ¿no te parece?

—Lo mismo he pensado yo —admitió Foreman—. Pero me parece extraño que un hombre se moleste en trabajar tanto como decís todos los vecinos, para luego pegarse un tiro.

—Sí que es extraño.

Foreman se quedó mirando a Mac Nab con el ceño fruncido.

—¿Y no te parece extraño que ese tipo misterioso viniese a instalarse hace tres semanas junto al más famoso y eficaz detective

privado de Chicago… y que el tal detective no sepa nada de este asunto?

—Oye, si vamos a empezar con eso, ya te estás largando. Ya te he dicho que sólo lo vi un par de veces, y en total debimos cambiar media docena de palabras de pura cortesía. Eso es todo.

—Está bien. Al parecer, tiene una hija.

—Ah.

Foreman sacó de un bolsillo una billetera, envuelta en un pañuelo. La abrió, de modo que, aparte del permiso de conducir, Mac Nab vio, en el otro compartimento, la fotografía de una niña de unos ocho años. Una niña encantadora, de grandes ojos oscuros.

—Encontramos la billetera en uno de los trajes. También hemos encontrado un recibo trimestral del pago de un colegio privado, el Middle College, a nombre de Carolyn Jamison. Al parecer, nadie le vio nunca con la niña. ¿Tú tampoco?

—No. Es muy bonita.

—Sí. Habrá que decirle lo ocurrido.

—Por supuesto. Pero no pretenderás que lo haga yo.

—Me gustaría evitarme eso, pero no sería correcto. Tendré que hacerlo yo, supongo. Bueno, no es que quiera hacerme pesado, Mac Nab, pero si recordases algo sobre Henry Jamison… Quiero decir que no confío en que tus vecinos puedan ayudarme, pero tú eres diferente. En fin, de todos modos esto está muy claro.

—¿Más café?

—No. Me voy ya. ¿Qué piensas hacer ahora?

—¿Quieres decir en este momento? Pues, salvo que ocurra algo inesperado de nuevo, pienso acostarme y dedicarme a leer hasta dormirme. No me parecería piadoso seguir escuchando música como si nada hubiese ocurrido.

—Eres muy considerado.

Mac Nab acompañó a Foreman a la puerta del apartamento, se despidió de él con un apretón de manos, y volvió al sillón. Encendió otro cigarrillo, y estaba a la mitad de su consumición cuando había decidido lo que iba a hacer.

Marcó un número telefónico.

—¿…?

—Hola, Marty. Soy Morris. Tengo un trabajo para tí ahora…

—¿…?

—En efecto: *ahora*. Es decir, a partir de ahora. Tienes que vigilar a una persona.

—¿…?

—Marylin Milford. Es vecina mía, ocupa el apartamento 4 B, y comprenderás que no puedo hacerlo yo, pues me conoce. Es alta, pelirroja, muy bonita, y tiene unos… unas proyecciones pectorales de las que a ti te gustan.

—¿…?

—Hombre, a mí también, pero me conformo con menos. Ella es inconfundible, Marty, así que no vas a tener problemas. La verdad es que no creo que salga esta noche, pero quiero estar seguro. Así que te vienes con el coche para aquí, y en cuanto ella salga, sea la hora que fuere, te conviertes en su sombra. Tráete un termo de café. Lo siento, Marty.

—Sí, así es nuestro trabajo. Ah, no me llames a mi apartamento, salvo que sea algo urgentísimo y sepas que estoy aquí. Todo lo que vayas anotando, pásalo a la oficina. ¿De acuerdo?

—…

—Bien. Adiós, Marty… ¿Qué?

—¿…?

—Hombre, ¿qué demonios quieres que haga? Dormir.

—¡…!

—Exacto —sonrió Mac Nab—: para eso soy el jefe. Adiós, tú.

Colgó, terminó el cigarrillo, y poco después se acostaba, libro en manos.

* * *

La llamada a la puerta del apartamento se repitió, y Morris Mac Nab, convencido de que no había sido un sueño, se sentó en la cama, mirando el reloj de la mesita de noche. Eran las siete y cuarenta y dos minutos de la mañana. De una hermosa mañana de primavera, incluso en Chicago.

Pasándose las manos por la cara, fue a abrir. Se quedó mirando en silencio al teniente Foreman, que a su vez lo contemplaba con extraña expresión, muy fija. Estaba barbudo, y era evidente que se hallaba muy fatigado.

—¿Te queda café?

Mac Nab se apartó, y el policía entró en el apartamento. Se dejó

caer en el sofá, y Mac Nab, tras mirarlo, encogió los hombros y fue a preparar café. Mientras el café seguía su curso, Mac Nab se afeitó rápidamente, se vistió, y pasó frente a Foreman en dirección a la cocina, poniéndose la corbata.

—¿Sólo café? —preguntó.

—Sí. Luego desayunaré en serio.

—Bien.

Tres minutos más tarde, ambos tomaban café. Foreman emitió un suspiro de claro agradecimiento, y suspiró.

—Tenía leucemia.

—¿Jamison?

—Sí. Así se indica en el informe del forense. Y siempre según ése informe, a Henry Jamison le quedaba muy poco tiempo de vida, en esas condiciones. Un par de meses… medio año a lo sumo.

—En ese caso, parece que podemos admitir el suicidio sin ninguna duda, supongo. ¿O no fue suicidio?

—Claro que sí. Las huellas de Jamison estaban en la pistola, y la prueba de parafina fue positiva. No hay la menor duda al respecto: se suicidó. Digamos que decidió cortar por lo sano en lugar de vivir unas cuantas semanas más, sufriendo y agonizando.

—Desde luego, la leucemia no es ningún regalo simpático —murmuró Mac Nab—, pero creo que yo no me suicidaría. De todos modos, cada cual es como es.

—Hay algo más. ¿Recuerdas el caso Robensein?

Mac Nab casi se atragantó con el humo del cigarrillo que estaba encendiendo. Luego, se quedó mirando a Foreman con los párpados entornados. El caso Robensein: a principios del invierno anterior, esto era, en diciembre de mil novecientos setenta y cinco, una familia llamada Robensein había sido asesinada brutalmente en California, en una casa frente a la playa, en Malibú Beach. La familia estaba compuesta por el padre, la madre, un muchacho de quince años y una niña de nueve. Los cuatro, así como la criada, habían sido asesinados de un modo bestial, escalofriante. Seis meses más tarde, el caso aún no había sido resuelto, y todavía se escribía mucho sobre él. La policía, y sobre todo el FBI, tenían aquel caso como una espina clavada en la garganta. En la casa de la playa se habían encontrado algunas huellas, pero de nacía había servido, puesto que no habían antecedentes sobre ellas.

—Claro que recuerdo eso —musitó por fin Mac Nab.

—Bien. Henry Jamison fue uno de los asesinos. Buscamos en nuestros ficheros anoche, pero no había nada sobre él. Me pareció que sería interesante enviar las huellas a la central del FBI en Washington. Allá, cotejaron las huellas de Henry Jamison de acuerdo a sus procedimientos habituales… A las tres y media de la mañana informaron que las huellas recibidas pertenecían a uno de los hombres que intervino en los asesinatos del caso Robensein. Anteriormente, Henry Jamison no estaba fichado.

—Eso puede significar que los otros, los que le acompañaban, están en las mismas condiciones.

—Claro: limpios de todo. Gente no habitual. Si fuese de otro modo, ya los habría encontrado el FBI.

—Supongo que sí. ¿Por qué has venido a explicarme todo esto?

—Sólo quería decirte cómo están las cosas, y que el FBI se hace cargo de todo. Tú y yo nos hemos entendido siempre bien, pero si sabes algo, yo me atrevo a sugerirte que no te compliques la vida demasiado, Mac Nab: con el FBI no es prudente pasarse de listo.

—Eres un buen amigo, teniente —sonrió Mac Nab—. ¿De modo que te han relevado del caso?

—Así es. Y te aseguro que quedó encantado. He pensado que quizá tú opines como yo.

¿De verdad Henry Jamison no te habló nunca de nada?

—Me dijo dos veces buenas noches, y en una de ellas, además, tuvo la cortesía de preguntarme si me molestaba el ruido de su máquina de escribir. Le dije que no se preocupase, y eso fue todo.

—Bien… De acuerdo, Mac Nab. Yo te he advertido. Lo demás ya es cuenta tuya, si es que sabes algo. Y no insisto más. Ahora me voy a casita, tomaré un baño, le pediré a Sally que me prepare un desayuno digno de un rey, y luego dormiré unas horas en el sofá: es mi sitio preferido.

—¿Para dormir?

—Para todo —sonrió alegremente Foreman—. Adiós, Morris.

CAPÍTULO III

Miss Stanwick, la directora del Middle College, había recibido con amplia sonrisa al madrugador visitante. *Miss* Stanwick tenía ya sesenta años, pero no había perdido el gusto visual, ni mucho menos, así que aceptó muy complacida conversar con aquel joven, apuesto, simpático y educado caballero que solicitó ser recibido.

Pero después de escucharlo, *miss* Stanwick se sentía muy triste y deprimida.

—Pobre niña —movió la cabeza—. Me pregunto si su madre estará en condiciones de hacerse cargo de ella.

—¿Su madre? —Alzó las cejas Mac Nab—. No sabía que la tuviese. Quiero decir que pensé que había fallecido… Bueno, es una tontería, ya que no tenía base alguna para pensar así.

—Los señores Jamison están divorciados. El casi nunca venía, y no puedo decir que ella fuese mucho más asidua. Esa pobre niña… No sé cómo voy a darle la noticia, la verdad.

—Le sugiero que no lo haga, *miss* Stanwick. No creo que tarde mucho en presentarse aquí el FBI, y opino que es mejor que ellos se encarguen de todo. Mi visita es particular… Digamos, simple curiosidad personal.

—Oh… Bueno, como me ha dicho que es detective privado, pensé que…

—No, no. Para ser sincero, preferiría que el FBI no tuviese noticias de mi curiosidad. El señor Jamison era vecino mío, y pensé que quizá podría hacer algo por la niña más adelante, de un modo personal. Pero, claro, si Caroline Jamison tiene madre… ¿Dónde vive la señora Jamison?

—Lo ignoramos. Ella ha venido de vez en cuando, pero nunca ha dejado su dirección. Y tampoco el señor Jamison; simplemente, él

venía también de vez en cuando, o se comunicaba conmigo, enviaba sus cheques… Eso es todo. Sin embargo, me consta que el señor Jamison adoraba a la pequeña.

—¿Y la madre no?

Miss Stanwick pareció un poco turbada.

—Pues… La madre es… un poco extraña, señor Mac Nab.

—¿Extraña?

—Sí. No sabría decirle en qué me parece extraña. Supongo que es por la expresión de sus ojos. Es una mujer muy taciturna… No sé, es extraña. Quien mejor podría hablarle de ella es la señorita Townsend, pues es quien más la ha tratado. ¿Quiere que la llame?

—Se lo agradecería mucho, *miss* Stanwick.

La directora del Middle College pulsó una tecla, del intercomunicador, inclinándose hacia el aparato.

—Moira, ¿quiere llamar a Rachel a mi despacho, por favor?

—¿Rachel? —Se oyó la voz femenina—. Comenzó ayer sus vacaciones, *miss* Stanwick, ¿no lo recuerda?

—Oh, sí. Qué memoria la mía… Gracias, Moira —*miss* Stanwick cortó la comunicación, y miró consternada a Mac Nab—. Ya lo ha oído, señor Mac Nab. Lo siento.

—¿Vacaciones en mayo? No es corriente, ¿verdad?

—Oh, sí lo es, en este colegio. Se hace así por rotación. Durante las vacaciones de verano, se quedan en el colegio muchas niñas internas, y entonces, claro, necesitamos profesores. Este verano le toca turno a Rachel Townsend, así que ella pidió sus vacaciones anuales este mes.

—Entiendo. ¿Podrían facilitarme la dirección de la señorita Townsend?

—Por supuesto. Pero recuerdo ahora qué quería partir lo más pronto posible, así que no sé si la encontrará en su domicilio.

—Lo intentaré. De todos modos… ¿sabe usted dónde piensa pasar las vacaciones?

—Queda un poco lejos —sonrió *miss* Stanwick—: si no recuerdo mal, comentó algo respecto a ir a Alaska a esquiar.

—¡Caramba…! Pues sí, queda un poco lejos. Vaya, mala suerte.

—¿Me perdona un momento, señor Mac Nab?

—Naturalmente —se puso en pie Morris.

Miss Stanwick salió de su despacho. Regresó cinco minutos más

tarde, y por su expresión, Mac Nab comprendió que iba a darle una buena noticia.

—Hemos llamado a Rachel por teléfono a su apartamento. Todavía está allí, y si llega usted antes de media hora, ella le recibirá con mucho gusto. Ésta es la dirección.

Mac Nab tomó el papel, sonriendo.

—Muchísimas gracias, *miss* Stanwick —miró el papel, consultó su reloj, y asintió con un gesto—. Espero estar allá en menos de veinte minutos. Ha sido usted muy amable.

—No tiene importancia. Respecto a la niña…

—Le voy a dejar mi tarjeta por si en cualquier momento usted considerase que puedo serle útil, *miss* Stanwick. —Mac Nab dejó la cartulina en manos de la directora—. Pero supongo que el FBI solucionará adecuadamente todos los problemas. Y ya que volvemos a mencionar al FBI yo preferiría que mi inocua intervención no constase en acta. Ellos no me necesitan a mí para nada para realizar su trabajo.

—Comprendo. Pero, señor Mac Nab, cuando vengan esos caballeros a darme la noticia, no puedo simular que la ignoro.

—Claro. Bien, no tengo derecho a ocasionarle molestias, *miss* Stanwick, así que haga usted lo que considere oportuno. Y muchas gracias por todo… ¿Me disculpa? Quisiera encontrar en casa a la señorita Townsend.

* * *

La puerta del apartamento la abrió una muchacha rubia, de buena estatura, cuerpo espléndido hasta lo fastuoso, ojos color miel y boquita sonrosada, que dejó petrificado de pasmo a Mac Nab, por un instante. Lo que le hizo reaccionar fue la chispita de burla que vio en el fondo de los bellísimos ojos.

—Buenos días —saludó—. Quiero ver a la señorita Townsend. Me envía *miss* Stanwick.

—Sí. Pase, señor… Mac Nab, ¿verdad?

—Morris Mac Nab. Gracias —entró en el apartamento—. Espero haber llegado a tiempo de ver a la señorita Townsend.

—Evidentemente —dijo la bella rubia.

—¿Es usted?

—En efecto. Y por favor, no me diga usted también que por el

hecho de ser profesora esperaba ver a una dama mayor, más bien gorda y con lentes, algo así como *miss* Stanwick.

—Bueno… No, claro. Bien… ¿Le ha dicho *miss* Stanwick el motivo de mi visita?

—No, señor. Sea cual fuere, le agradeceré que sea breve. Como usted ve —señaló las maletas que habían en el recibidor—, estoy a punto de marcharme. ¿De qué se trata?

—Anoche, el señor Henry Jamison, padre de su alumna Carolyn, se suicidó.

—¡Dios mío! —Palideció Rachel Townsend.

—Perdone mi modo de dar la noticia, pero entiendo que usted tiene mucha prisa, y quisiera no entorpecer sus vacaciones. Sólo quiero pedirle que me hable usted de la señora Jamison. *Miss* Stanwick asegura que es quien mejor la conoce. ¿Por qué les parece extraña la señora Jamison?

—Pues es… una señora muy sombría. Parece como si sólo tuviese vida interior, no sé si usted me comprende. Y hay en sus ojos un brillo… como de alucinada.

—¿Le parece a usted que se droga, quizá?

—No lo sé… pero no me sorprendería. Es una mirada diferente a la nuestra. Me da un poco de miedo, si he de serle sincera. No es persona fácil de tratar. Las visitas que hace a la niña son muy cortas. Da la impresión de que sólo quiere convencerse de que ella existe; viene, la ve, y se marcha. La vez que la llevé a su domicilio en mi coche intenté…

—¿Sabe usted dónde vive? —exclamó Mac Nab.

—Aproximadamente, Vive al Norte, en Skokie, pero no sé el nombre de la calle. La verdad es que no voy mucho por allí, así que cuando llegamos a Skokie, ella tuvo que ir indicándome el camino. La dejé sin haber conseguido mi propósito de hablarle sobre Carolyn, y regresé al centro, dispuesta a insistir. La última vez que vino, me ofrecí a llevarla de nuevo, pero me dijo que no era necesario, pues la esperaba una amiga con su coche. Me pareció que me mentía, que se había dado cuenta de mis intenciones de sensibilizarla con respecto a Carolyn, así que la estuve vigilando, convencida de que lo de la amiga con coche no era cierto. Cuando se despidió de la niña, la seguí hasta fuera del colegio, con el coche, pensando en ofrecerme de nuevo. Pero era cierto: la estaba

esperando una mujer, con un coche. Subió a él, se fueron y claro está, desistí por el momento de mis propósitos.

—Comprendo. Bueno, entiendo que no conoce usted la dirección, pero que sabría ir allá, señorita Townsend.

—Sí. Luego me di cuenta de lo tonta que había sido no anotando la dirección, y volví en busca de la casa. No había forma de localizarla, se había hecho de noche, así que decidí dejarlo, confiando en que la volvería a llevar otro día, y entonces anotaría la dirección.

—Ya. Bueno, usted tiene que marcharse… ¿Qué me dice del coche de la amiga? ¿Se fijó usted en él, en la matrícula? Por medio del coche, podría encontrar a la amiga, y ella me daría la dirección exacta.

—No me fijé en el coche de modo especial. Sólo vi a la amiga un momento. Me sorprendió que la señora Jamison tuviese una amiga así.

—¿Qué quiere decir?

—Bueno, era una muchacha joven, muy bonita, elegante…

Morris Mac Nab tuvo uno de los rasgos que le convertían en el mejor detective privado de Chicago:

—¿Era pelirroja?

—Ah, sí. Sí, es cierto. ¿Cómo lo sabe usted?

—No lo sabía —musito Mac Nab—. ¿Tenía…? Bueno, digamos que… Vaya: ¿tenía el busto muy desarrollado?

—Yo diría —sonrió a medias Rachel— que incluso desproporcionado. Al menos, para mi gusto estético.

—Nuestros gustos coinciden, señorita Townsend. ¿Me permitiría llevarla al aeropuerto? Tengo el coche abajo.

—No se moleste. Pediré un taxi.

—No es ninguna molestia. Por otra parte, he pensado que quizá tendríamos tiempo de pasar por Skokie e invertir unos minutos en la localización del domicilio de la señora Jamison.

—Ya.

—Estoy abusando de usted, ¿verdad?

—No lo noto —sonrió Rachel.

—Quiero —decir, de su tiempo y su paciencia— sonrió a su vez Mac Nab.

—Ah. Bien, no tengo inconveniente en complacerle, siempre y

cuando llegue al
O’Hare
a tiempo de tomar mi avión. Podemos salir cuando guste.

—Permítame ayudarla con las maletas…

Cinco minutos más tarde, Rachel Townsend cerraba la puerta de su apartamento, bajaba a la calle, y se dirigía hacia el coche de Mac Nab, el cual terminaba de cerrar el maletero, y se apresuró a abrirle la portezuela derecha. Pasó él al volante, dio el encendido y separó el coche del bordillo.

—No lleva usted esquíes —comentó—. Y juraría que *miss* Stanwick dijo que iba a Alaska a esquiar.

—Los compraré allí mismo, en Alaska.

—Sí, es más práctico. Caramba, Alaska… ¿Y no le gustaría más Acapulco, pongo por caso?

—No, señor. Me gusta esquiar.

—Pero en Acapulco se ha de estar divinamente ahora. Mayo en Acapulco… ¡Caramba, señorita Townsend, mayo en Acapulco…!

—Prefiero esquiar.

—Corre usted el riesgo de romperse un hueso.

—Quisiera que lo entendiera usted, señor Mac Nab: me gusta esquiar, y voy a esquiar.

—Lo comprendo —refunfuñó Mac Nab.

—¿Y a usted qué le gusta?

—¿A mí? El *sport*
pay-pay
.

—¿El…? Nunca he oído hablar de ese deporte.

—Bueno, no es precisamente un deporte, sino una… actividad altamente estimulante.

—¿En qué consiste?

—Ejem… Pues, se tumba uno en una hamaca entre dos palmeras, con un vaso de refresco de frutas en una mano y un
«pay-pay»
en la otra, y va bebiendo refresco y abanicándose hasta que queda dulcemente dormido a la orilla del mar. Preferentemente, ese deporte debe realizarse en lugares cálidos, exóticos y a ser posible lujosos. Sienta muy bien.

—Me está decepcionando, señor Mac Nab: al verle me pareció

usted mucho más activo, un atleta.

—¿Atleta yo? ¿Por qué dice eso?

—Porque tiene usted buena facha.

—Es usted muy amable. Pero le aseguro que soy menos atleta que una sardina. ¿Y él? ¿Cómo era él?

—¿Se refiere al señor Jamison?

—Sí, claro.

—Era un hombre correcto, pero muy poco expresivo. Paseaba con Carolyn por los jardines del colegio, la escuchaba… No hablaba mucho. Y en los últimos meses todavía era peor en ese sentido. Parecía un hombre… atormentado. Aunque quizá no sea ésta la palabra exacta…

—Yo creo que sí lo es. ¿Qué clase de niña es Carolyn?

—Muy dócil y cariñosa. Su inteligencia no es nada especial, pero no tiene un pelo de tonta. Se fija mucho en las cosas, y tiene una gran capacidad de reflexión. Hace algunos días me dijo que quizá su padre y su madre volviesen a casarse, y que en ese caso, la llevarían de nuevo con ellos. Le pregunté de dónde había sacado esa idea, y dijo que su madre, en la última visita…

—¿En la que la acompañó la pelirroja?

—Sí, ésa fue la última. Pues, su madre le preguntó a Carolyn si sabía dónde vivía su padre, y la niña interpretó esto como un deseo de su madre de volver con su padre.

—Sí, tiene lógica —musitó Morris.

Pero también tenía lógica la idea de que la pelirroja había utilizado a la esposa de Henry Jamison para encontrar a éste…

—¿Y Carolyn le dio la dirección a su madre?

—¿Cómo había de hacerlo, pobrecilla, si nunca hemos sabido dónde para el señor Jamison? Todo lo más, la niña le ha escrito alguna vez a lista de Correos en alguna parte.

Mac Nab asintió. La niña no había podido decir dónde estaba su padre, pese a que estaba allí mismo, en Chicago. Pero seguramente debido a sus informes sobre la lista de Correos, había sido posible la localización de Henry Jamison poco después. ¿Por qué había estado buscando a Jamison la pelirroja Marylin Milford? ¿Por qué lo había visitado la tarde anterior… y por qué no había comentado nada al respecto? ¿Tenía esto algo que ver con el suicidio de Jamison? ¿Y quién demonios era Marylin Milford y qué quería de Jamison, un

hombre que había intervenido en un quíntuple asesinato?

—¿Cambiaba con frecuencia de residencia el señor Jamison?

—Siempre estaba cambiando —asintió Rachel—. Tan pronto enviaba una postal a la niña desde Nueva Orleáns como desde San Francisco, desde Atlantic City o desde El Paso. Le pregunté a Carolyn de qué trabajaba su padre, pero ella no lo sabía.

—Indudablemente, el señor Jamison era viajante.

—Sí, ya lo pensé.

De asesinatos, pensó Mac Nab. Cuando menos, había estado en Malibú Beach para colaborar en aquel quíntuple asesinato de la familia Robensein. Sí, colaborar, porque aquello no podía haberlo hecho una sola persona. ¿Quién había acompañado a Jamison en el horripilante «trabajo» de Malibú Beach? ¿Y cuántos «trabajos» más como aquél había realizado a lo largo de su vida el señor Henry Jamison? La idea de que durante tres semanas había tenido como vecino a un asesino estremeció a Mac Nab.

—¿Le ocurre algo? —se interesó Rachel Townsend.

—Pensaba en Alaska —mintió él—. ¡Por allá debe hacer frío incluso en mayo!

En Skokie, Rachel Townsend tuvo menos dificultades de las temidas para localizar el edificio donde vivía la señora Jamison. No habían dado más de un par de vueltas cuando en una de las calles vieron la ambulancia, detenida ante una casa de tres pisos, y ante cuya puerta, a ambos lados, se agrupaban bastantes personas. Cerca de la ambulancia se veía un coche patrulla de la policía.

—Algo ha ocurrido allí —señaló Mac Nab con la barbilla—. Será mejor que pasemos por otra calle, o vamos a perder mucho tiempo.

—No, espere… Me parece que es aquí, precisamente.

—¿Aquí?

—Y en ese edificio ante el cual está la ambulancia. Sí, seguro, es ahí, señor Mac Nab.

No sólo existen los presentimientos, sino que, además, Morris Mac Nab tenía un claro y veloz discernimiento. Así que detuvo el coche a unos veinte metros de la ambulancia, en doble fila.

—Espere aquí, señorita Townsend.

—Recuerde mi avión, señor Mac Nab.

—No se preocupe.

Mac Nab se acercó a la entrada de la casa. Cuando intentó

acceder al edificio, feo y viejo, gris y sucio, un agente de uniforme le cortó el paso.

—¿Adónde va usted? ¿Vive aquí?

Era evidente que no. El aspecto personal de Morris y del edificio no encajaban en absoluto. Morris le mostró al policía su tarjeta de detective privado.

—Vengo a ver a la señora Jamison.

—La van a sacar de un momento a otro.

—¿La van a sacar…? ¿Qué ha ocurrido?

—Un accidente de gas.

—Ya. ¿Quién está ahí dentro?

—El sargento Nils.

—Es un buen amigo mío —murmuró Mac Nab—. Me parecería una pérdida de tiempo que usted fuese a preguntarle si me permite pasar.

El agente vaciló un instante, pero acabó por asentir. Mac Nab lo agradeció con un gesto. Entró en el edificio, y subió al primer piso. Otro policía impedía a los vecinos entrar en uno de los apartamentos, pero sonrió al ver a Mac Nab, y éste comprendió que le había reconocido.

—¿Puedo entrar?

—Estoy seguro de que el sargento le recibirá encantado, señor Mac Nab.

—Gracias.

El sargento Nils estaba hablando con uno de sus hombres cuando apareció Mac Nab. Se quedó en silencio, mirándolo atentamente. Mac Nab se detuvo ante él, pero, cuando iba a saludar, aparecieron los camilleros portando la camilla, con el cuerpo que contenía oculto bajo la sábana. Morris se acercó, y alzó el extremo que ocultaba el rostro. Estuvo cinco o seis segundos mirando las cerúleas facciones de la mujer, y por fin dejó caer la sábana, y se apartó.

Esperó a que pasasen los camilleros, y se acercó de nuevo a Nils, que continuaba mirándolo.

—La señora Jamison, supongo —preguntó Mac Nab.

—Su nombre es Carol Begg —dijo Nils.

—Divorciada de Henry Jamison. Hable con Foreman, sargento. Y sobre todo, con el FBI… Ya verá cómo le agradecen que les haya

localizado a esta mujer.

—No la he localizado. Avisaron que había mucho olor a gas, y tuvimos que forzar la puerta. Ya estaba muerta cuando entramos. Era una alcohólica. Parece que fue a encender el gas, se mareó, y cayó de espaldas, quedando aturdida. El gas fue saliendo, y…

—Entiendo. ¿Puedo echar un vistazo?

Nils vaciló.

—Bueno, si no toca nada, hágalo, Mac Nab. Pero favor por favor: ¿qué le trae a usted por aquí?

—La muerta estuvo casada con un vecino mío… que se suicidó anoche. Hable con Foreman.

Nils quedó estupefacto. Luego, frunció el ceño. Morris sonrió de lado, más bien esbozó una mueca, y se adentró en el apartamento. Era todo sórdido, sucio, incluso asqueroso. Por todas partes habían botellas vacías: de *whisky*, de ginebra, de tequila, de ron… Pero, preferentemente, de ginebra. Olía a agrio, a sucio, a húmedo. Mac Nab pensó que antes de vivir en un sitio así preferiría irse al trópico a vivir desnudo debajo de una palmera. Claro qué era extraña la señora Jamison; y no era adicta a las drogas, sino al alcohol. Una alcohólica.

«Por Dios… Un padre asesino y una madre alcohólica… —pensó Mac Nab—. ¿Cómo decirle a esa niña una cosa así?».

Salió del apartamento, en pos de Nils, que seguía a los de la camilla. Al llegar a la calle, Mac Nab decidió no perder más tiempo, y se fue directo a su coche, se sentó ante el volante, y miró a Rachel Townsend, que le contemplaba expectante.

—La señora Jamison está muerta —susurró—. La llevaré al aeropuerto ahora mismo, señorita Townsend.

CAPÍTULO IV

—¿Y usted cree que la pelirroja tiene algo que ver en esto? —preguntó Rachel.

—No lo sé. Yo diría que sí, pero puedo estar equivocado. Por otra parte, ni siquiera estoy seguro de que estemos hablando usted y yo de la misma pelirroja, señorita Townsend. Podría ser una coincidencia.

—Usted no cree eso.

—No —negó Morris—. Pero tampoco puedo estar seguro de que la pelirroja es la misma si usted no la identifica.

—Mi avión sale dentro de treinta y cinco minutos —miró Rachel su relojito.

—Sí, lo sé. Tenga mi tarjeta… Si usted me envía su dirección en Alaska, quizá pueda darle algunas noticias sobre este asunto. Y muy agradecido por todo, señorita Townsend.

—¿Se va usted ya?

—Bueno —parpadeó Mac Nab—, hemos llegado a tiempo al aeropuerto, su equipaje está camino del avión, dentro de poco avisarán por los altavoces para su vuelo… La verdad es que estoy impaciente por telefonear a mi oficina, pero puedo esperar unos minutos más, naturalmente.

—No, no. Es sólo que me gustaría estar unos minutos más con usted, pero comprendo su impaciencia. Adiós, señor Mac Nab.

Éste vaciló, mirando la mano que le tendía Rachel. Pero acabó por estrecharla, musitando:

—Adiós… Espero que volveremos a vernos pronto.

—Mis vacaciones terminarán, como todo en la vida.

—Sí, claro… Bien, adiós, señorita Townsend.

Se fue a un teléfono, y llamó a su oficina. Estaba decidido: se iba

a comprar un coche mejor que el viejo trasto que todavía tenía la desfachatez de hacer circular por Chicago. Y le pondría radioteléfono, qué demonios. Estaba hasta las narices de ir de teléfono en teléfono cuando tenía un caso como aquél. Mejor aún, iba a comprar una dotación completa de radios de bolsillo…

—…

—Ya sé que es la oficina del señor Mac Nab —gruñó Mac Nab—. Hola, Gertrie. ¿Algo nuevo de parte de Marty?

—…

—¿Qué? —Respingó Mac Nab—. ¡Estás bromeando!

—…

—Pues yo estoy en el aeropuerto ahora… ¡A Miami! ¿A qué demonios ha podido ir a Miami esa chica?

—…

—Muy graciosa. Te llamaré desde Miami.

Morris Mac Nab colgó el auricular, quedó pensativo, y tras breve titubeo, marcó otro número.

—¿…?

—Hola, Pete. Soy Mac Nab. Escucha, entiendo que la señorita Milford nos ha dejado. ¿Es así?

—Ah… Sí, sí, entiendo. Gracias, Pete. Hasta la vista.

Colgó, dio media vuelta, y se dirigió hacia información, desviando la marcha al pasar cerca de Rachel Townsend, que continuaba esperando la llamada para su vuelo a Anchorage, Alaska. Mac Nab se sentó junto a ella.

—Marylin Milford salió hacia Miami hace menos de media hora. He llamado al conserje de mi edificio, y dice que ella recibió una carta urgente, y que acto seguido hizo las maletas y se fue.

—Quizá tenga algún familiar enfermo en Miami.

—No. Todo ha estado preparado desde el primer momento, absolutamente todo. Marylin vino a Chicago a localizar a Henry Jamison partiendo de la niña o de la ex esposa. Y teniendo en cuenta todos los factores, yo empiezo a pensar que no ha habido suicidio en ninguno de los dos casos; ni siquiera accidente, en el de la señora Jamison. Las cosas no ocurren nunca de un modo tan… perfecto, tan coordinado, si no han sido preparadas. Llega esa chica al edificio donde vivo yo, y a los dos días se suicida Jamison. Pocas horas después, su ex esposa muere de accidente debido al gas…

¡Vamos…! ¿Creen que están tratando con retrasados mentales?

—¿Qué piensa usted hacer?

—Voy a tomar el primer avión que salga para Miami. Comoquiera que mi amigo estará siguiendo a la pelirroja, y se comunicará con mi oficina de Chicago, no tengo más que llamar aquí para saber dónde encontrar a mi amigo y a la pelirroja.

—Sí, ya entiendo. Parece que ya no tiene usted grandes dudas sobre la pelirroja.

—Siempre quedan dudas. Pero, claro está, no voy a pedirle a usted que venga conmigo a Miami dejando sus…

—¿Por qué no? —desvió la mirada Rachel.

—¿Vendría?

—Me gustaría poder ayudarle. Pero ya tengo mi pasaje para Anchorage, mi equipaje debe estar en el avión, y no soy rica, señor Mac Nab.

Morris Mac Nab se quedó mirando especulativamente a la muchacha, y, de pronto, sonrió.

—Señorita Townsend, está usted dándome todas las facilidades posibles para que la convenza de que venga conmigo a Miami, ¿no es así?

—Oh, no… Bueno, realmente…

—Veamos si mi oferta le parece razonable: dejemos que su equipaje de invierno siga hacia Anchorage, Alaska. Mientras tanto, nosotros devolvemos su pasaje, y con un poco más, sacamos pasaje para Miami. Allá podrá usted comprarse ropa adecuada al clima, y, naturalmente, tiene pagada la estancia, el pasaje de vuelta, y el pasaje de Chicago a Anchorage. Todo esto a cargo de la Mac Nab Investigations, que es rica y poderosa. ¿De acuerdo? Sólo tiene que ver a la señorita Milford y decirme si es o no es la pelirroja que acompañaba a Carol Jamison aquella vez. ¿Sí?

—Pues…

—De acuerdo, entonces. Sacaré dos pasajes para Miami.

* * *

A las seis menos cuarto de la tarde, el avión de la American Airlines procedente de Chicago tomaba tierra en una de las pistas del Miami International Airport. A las seis, el señor Mac Nab y la señorita Townsend abandonaban el aeropuerto en un taxi, que los

llevó a Miami Beach tras cruzar toda Miami por la Airport Expressway. En Collins Avenue, la pareja de viajeros eligió un hotel de buen aspecto, pero discreto, no perteneciente al grupo de grandes hoteles. Se alojaron por separado, cada uno con su nombre, y, apenas en su habitación, el señor Mac Nab pidió comunicación telefónica con su oficina de Chicago, donde Gertrie, su secretaria, estaba esperando la llamada. Tras conseguir la información deseada, el señor Mac Nab fue a visitar en su cuarto a la señorita Townsend.

—Salgamos a comprar cosas. Y alquilaremos un coche.

Eran casi las ocho de la tarde cuando el reluciente «Chevrolet» recién alquilado se detenía frente al Ocean Hotel de Collins Avenue, delante mismo de Marty. Éste distinguió al conductor a través del parabrisas, y tras lanzar una exclamación, fue a sentarse al asiento de atrás, puesto que el contiguo al del conductor estaba ocupado.

—¿Quién es? —preguntó Marty, sentándose y señalando a la bella rubia.

Mac Nab, que tenía vuelta la cabeza hacia él, lo señaló con la barbilla.

—Éste es Marty Ross, el mejor de mis ayudantes. Ella es Rachel Townsend.

—¿Cómo está, señor Ross? —sonrió Rachel.

—Hecho papilla. —Marty parecía a punto de desvanecerse en el confortable asiento trasero, todo para él solo—. ¿Y usted?

—Me parece que bastante mejor que usted.

—Eso es fácil. ¿Morris la ha encontrado?

—Algo así —rió Rachel.

—No le veo la gracia —frunció el ceño Marty—. Trabajar para Morris no es nada, pero nada gracioso, se lo aseguro. Ayer a estas horas estaba cenando con una chica en Chicago. Y ahora estoy en Miami, solo, muerto de hambre y de cansancio.

—¿Y la pelirroja? —preguntó Mac Nab.

—En ese hotel —señaló Marty, el Ocean.

—Bien. Yo me encargaré de ella por esta noche, Marty. Lo mejor que puedes hacer es irte al hotel a dormir. Ve al nuestro, el Red Arrow, y descansa tranquilamente. ¿Cómo estás de dinero efectivo?

—Me las arreglaré; por lo menos hasta que cambies uno de tus cheques. Morris, ¿puedo saber qué estamos haciendo, en qué

estamos trabajando?

—Yo no tengo inconveniente en explicártelo si tú puedes mantenerte despierto el tiempo suficiente.

—Lo intentaré —gruñó Marty Ross.

Consiguió permanecer despierto, desde luego. Se quedó reflexionando, para, finalmente, mover la cabeza con un gesto de duda.

—Hay algo que pareces no haber tenido en cuenta, Morris. Me refiero a esa nota que dejó Henry Jamison diciendo: «Adiós, mundo cruel»… ¿Sabemos con seguridad que fue él quien escribió eso?

—No. Pero se comprobará. Vamos, Marty, no digas tonterías: si esa nota fuese falsa provocaría más investigaciones que si Jamison se hubiese suicidado sin dejar nota alguna. Quiero decir que nadie se complicaría la vida falsificando algo que no es absolutamente necesario.

Marty Ross se tiró de una oreja.

—Bueno, desde luego yo me voy a dormir. Mañana será otro día, y podré pensar mejor. Que os divirtáis.

—Espera un poco. Estoy pensando… Sí, creo que sería lo mejor, pero…

—Morris se expresa muy bien —guiñó un ojo Marty a Rachel.

—Ssst —se llevó ella un dedito a los labios—. ¡Está pensando!

—Bueno, pues no —dijo Mac Nab—. Dejaremos las cosas sin más complicaciones. Iba a decir que quizá sería interesante que yo me alojase en ese hotel, pero antes quiero estar seguro de que la pelirroja de la señorita Townsend y la mía es la misma. Lo mejor sería que…

—¿Me necesitas? —Bostezó Marty.

—No.

—Pues arréglatelas como quieras. Yo me voy al hotel… ¿Has dicho el Red Arrow?

—Sí.

—Adiós. Adiós, linda Rachel.

—Adiós —rió ella.

Hacia las ocho y media, Rachel se irguió vivamente en el asiento, y su gesto hizo reaccionar a Mac Nab, que parecía aletargado. La miró, miró hacia el hotel… y vio a Marylin Milford delante, muy cerca del bordillo, mientras el conserje hacía señas a

un taxi para que se acercase. Mac Nab miró a Rachel.

—¿Es ella? —musitó.

—Sí. Con toda seguridad.

—Bien… Me parece que le estoy fastidiando las vacaciones por bien poca cosa, señorita Townsend. Ella es también la pelirroja de la que yo he estado hablando: Marylin Milford. Creo que lo mejor será que se apee usted y regrese al hotel. Mañana por la mañana solucionaremos su viaje a Alaska.

—¿Tengo que regresar sola al hotel? Yo preferiría seguir con usted.

—¿Alguna vez ha seguido usted a alguien?

—Claro que no.

—Bueno —sonrió Mac Nab—, espero que la experiencia le resulte interesante.

—Entonces, ¿voy con usted?

—Por mí no hay inconveniente… siempre que usted haga exactamente lo que yo diga y sólo lo que yo diga.

—Oh, sí… Sí.

Mac Nab asintió. Marylin Milford había entrado ya en un taxi, que se alejaba. Mac Nab partió tras el taxi, manteniendo la distancia máxima dentro de los límites de seguridad de que no la perdería de vista.

En realidad, no hubo ninguna dificultad ni complicación. Simplemente, Marylin Milford fue a cenar al Fontainebleau, sola. Después, pasó a la sala de atracciones, donde ocupó vino de los altos taburetes frente a la barra, en lugar de ocupar una de las mesitas, donde se habría encontrado más cómoda. Pero, indudablemente, Marylin Milford tenía sus motivos para hacer precisamente lo que hacía: cuando las luces se apagaron para dar mayor realce a una de las atracciones de la pista, un hombre fue a sentarse, como por casualidad, en el taburete sobre el cual ella había dejado su bolsito. El hombre dijo algo, ella retiró el bolsito, y él se sentó. Luego, el hombre encendió un cigarrillo, y miró con tranquilidad a todos lados… Es decir, estaba haciendo lo contrario que todas las demás personas, que dedicaban su atención a la atracción.

Desde su bien situado puesto de observatorio cerca de la salida, Morris Mac Nab se dio perfecta cuenta de que, por fin, el hombre se

dirigía a Marylin. Por un instante, temió que fuese un conquistador de vía estrecha, o un tipo con dinero que tenía intenciones de comprar la compañía de la pelirroja por aquella noche. Pero no. No, no, no. Ella le escuchaba con atención, y estaba asintiendo. Luego, fue ella la que habló, y el hombre asintió. La conversación duró menos de un minuto, así que cuando el hombre saltó del taburete, la atención de todos continuaba pendiente de la pista.

La mirada de Mac Nab siguió al hombre. Lo vio sentarse a una mesa donde había otro sujeto, también muy elegante, bebiendo champaña. El que había hablado con Marylin dijo algo apenas sentarse. Los dos miraron a Marylin, y luego parecieron olvidarla. Cuando las luces se encendieron, Mac Nab se apresuró a quedar bien oculto tras las columnas. Estaba encendiendo un cigarrillo cuando apareció Marylin caminando hacia la salida, y tan cerca de él que fue un auténtico milagro que no lo viese.

No hacía ni cinco segundos que Marylin Milford había salido cuando apareció Rachel Townsend en el Fontainebleau, mirando a todos lados, con los ojos muy abiertos. Mac Nab alzó un brazo, y la muchacha lo vio y casi corrió hacia él.

—¡Ella ha sal…! —empezó.

—Lo sé. Pero he perdido mucho interés por esa pelirroja, señorita Townsend. ¿Quiere tomar algo?

—¿No va a seguirla?

—No. ¿Qué le gustaría tomar?

—Pues nada… Lo que tengo es apetito. No hemos cenado.

—De todos modos, podemos tomar algo.

La llevó hacia la barra, y pidió dos jugos de tomate. El desencanto de Rachel fue evidente, pero Mac Nab se encogió de hombros. Ya se lo había advertido. También le había advertido que le esperase en el coche, pero no podía culparla por estar allí; debía creer que él no había visto salir a Marylin Milford, y por eso entró para avisarle…

—¿Cuándo cenaremos? —preguntó Rachel.

—Lo ignoro.

Eran casi las once y media de la noche cuando Mac Nab captó el movimiento de los dos hombres que vigilaba. Sólo con el inicio de un gesto comprendió que se iban a levantar. Tomó del brazo a Rachel Townsend, salieron del local, y se metieron en el coche

alquilado. Dos minutos más tarde salieron los dos sujetos, y entraron en un coche estacionado cerca. Los dos coches partieron, uno tras otro.

—¿Estamos siguiendo a ese coche?

—Así es, señorita Townsend.

—¿Esos dos hombres estuvieron con la pelirroja?

—En efecto. Y como a ella ya sabemos dónde encontrarla, vamos a ver si obtenemos alguna información interesante siguiendo a los dos caballeros del coche oscuro.

Lo único interesante que obtuvieron fue la dirección a la que se dirigieron los dos hombres: 114, Irvington Avenue, en Coconut Grove. Y no parecía que fuesen de visita, porque las luces de la casa estaban completamente apagadas. Metieron el coche en el garaje, entraron en la casa, y las luces de la planta baja se encendieron.

Dentro del coche, en silencio, Morris Mac Nab asistió a todo el proceso hasta que los dos hombres se acostaron. Era como si lo estuviese viendo todo. Quince o veinte minutos después de entrar en la casa los dos hombres, se apagaron las luces de la planta, y a los pocos segundos, una de las ventanas del piso alto quedó iluminada; casi simultáneamente, apareció también luz en otra ventana, más a la izquierda. Los dos hombres habían tomado seguramente el último trago en la sala, y ahora se retiraban a descansar. El primero en apagar la luz de su dormitorio fue el de la derecha. Casi media hora más tarde, lo hizo el otro.

Mac Nab miró a Rachel, inmóvil a su lado.

—¿Todavía tiene apetito, señorita Townsend?

—¡Oh, sí!

—En ese caso, la invito a cenar.

—Yo más bien diría a desayunar —refunfuñó Rachel.

Mac Nab la miró sonriente.

—No. Me temo que no podré desayunar con usted. Me iré del hotel muy temprano, y la dejaré sola con Marty. Al cual, por cierto, despertará usted a las ocho en punto, y le dirá que se interese por las personas que viven en esta casa —señaló—. Él sabe lo que tiene que hacer.

—¿Y adónde irá usted?

—¿Yo? Soy un hombre acostumbrado a vivir bien, así que buscaré un lugar digno de mí para pasar en Miami unos cuantos

días.

—No me diga más: va a alojarse en el Ocean Hotel.

—Es usted muy inteligente. Pero no se preocupe por mi marcha; lo dejaré todo arreglado para su viaje a Alaska. Francamente, no la comprendo a usted.

—¿Qué quiere decir?

—Está usted en Miami en primavera, y va a tomar un avión para Alaska. Para mí, eso es una insensatez.

Si quiere esquiar, puede hacerlo en el mar. Incluso puede practicar el *surf*.

—¿Y por qué tendría que quedarme, si a mí me gusta la nieve?

—Pues yo detesto la nieve —refunfuñó Mac Nab—, así que es poco probable que nos encontremos estando ambos de vacaciones. Lo que a mí me gusta es el mar, el sol, las palmeras, la arena caliente…

CAPÍTULO V

Marylin Milford estaba tendida en la playa privada del hotel, tomando el sol, en bikini. Había cerrado los ojos, y se dejaba vencer por el grandioso placer de no hacer nada. Ni siquiera pensaba. Todo había terminado, así que ya ni siquiera tenía que pensar, ni mucho menos, preocuparse.

La verdad era que Marylin Milford se las prometía muy felices en adelante. Había encontrado un trabajo facilísimo, y estupendamente pagado, por dos hombres. Dos hombres que, al contrario de lo que suele suceder, no le pedían nada relacionado con el amor o algo parecido. De eso no querían saber nada.

«Si te interesa —le habían dicho—, harás siempre con toda exactitud lo que nosotros te digamos, no tendrás líos con hombres mientras estés trabajando, y en ningún momento intentarás complicarnos la vida a nosotros con ninguna clase de acercamiento sexual. Esto es un negocio y nada más».

Y Marylin, que estaba hasta las cejas de tipos que, precisamente, le pedían todo lo contrario, había aceptado encantada. Por supuesto, James Stivers y Lewis Rudd habían sabido elegir a la chica que necesitaban, y antes de contratarla la habían estudiado minuciosamente. Tenía que ser capaz de todo, desenvuelta, amoral, sin ningún tipo de lo que suele llamarse conciencia… En suma: muy bonita, pero fría y dura como el mismísimo hielo. O sea, una de esas personas que están convencidas de que los demás están en el mundo sólo con el fin de que ellas puedan conseguir lo que quieran, a las buenas o a las malas…

Pero esto ni se le ocurría a Marylin Milford. Ella, simplemente, era una chica encantadora, que estaba tomando el sol.

Hasta que dejó de notar la tibieza del sol sobre su piel.

Entonces se puso una mano a la altura de las cejas, abrió los ojos, y miró hacia lo que la privaba del sol. No se sorprendió demasiado al ver a un hombre. Los moscones acudían a ella a cientos, la mayoría convencidos de que podían conseguir lo que quisieran de una chica sola.

Vio al hombre a contrasol, un poco inclinado sobre ella, como queriendo contemplarla de más cerca. Ni siquiera le miró la cara. ¿Para qué? Ya sabía que sería uno de tantísimos muchachos guapos que hay en el mundo.

—¿Sería tan amable de permitirme tomar el sol, señor? —pidió con tono amable.

—Señorita Milford —oyó la sorprendida voz—. ¡No podía creer que fuese usted!

Marylin se sentó de un salto, y entonces sí miró el rostro del hombre que la había privado del sol.

—¡Señor Mac Nab! —Se pasmó—. ¿Qué hace usted aquí?

—Pues… lo mismo pensaba yo preguntarle a usted, señorita Milford. Pero estoy dispuesto a contestarle en primer lugar… ¿Me permite sentarme a su lado?

—Sí… Sí, claro.

Morris Mac Nab, que estaba en bañador, colocó la toalla doblada sobre la arena, y se sentó junto a la espléndida pelirroja, que todavía no salía de su asombro.

—No sabía que estuviese usted en Miami —movió la cabeza Mac Nab—. Le dije a Pete que me despidiese de usted, pero me dijo que se había marchado por tiempo indefinido…

¡Me llevé un disgusto terrible!

—Tuve que venir a Miami a resolver un asunto urgente… Cosas de familia.

—Ah. Bueno, lo mío es diferente. Estoy haciendo uno de esos trabajos que tanto me molestan en mi profesión: vigilando a un caballero. Llegué anoche, ya muy tarde. ¡Caracoles, yo creo que fue mi ángel bueno quien encaminó mis pasos hacia este hotel! —De pronto Mac Nab pareció preocupado—. ¿La estoy perjudicando en algo por haberme sentado con usted?

—Claro que no —sonrió Marylin—. ¿De modo que está vigilando a un hombre?

—Pues sí… ¿Le dije que soy detective privado? Tengo esa

desgracia. Y digo desgracia, porque las señoras piensan que los detectives privados estamos en el mundo exclusivamente para vigilar maridos juerguistas. Mi clienta está convencida de que su marido tiene un lió en Miami, porque continuamente está viajando a esta ciudad. Y yo tengo que averiguarlo.

—No averiguará muchas cosas tumbándose en la playa —rió Marylin.

—Le aseguro que sé lo que me hago, señorita Milford. Soy todo un profesional. Demonios, ¿qué le parece…? ¡No sabe la alegría que me he llevado al verla!

—¿Y eso por qué?

—Caramba… Mire, no voy a negarle que he estado pensando mucho en usted. Estaba triste porque no dejó usted noticia de su paradero a Pete, y vengo aquí para trabajar, y ¡zas!, me la encuentro tomando el sol. ¡No diga que no hay para alegrarse! Al menos, me alegro yo… ¿Usted no?

—Me parece que no tanto como usted… pero la verdad es que me complace haberle encontrado. ¿Qué hora debe ser?

—Las diez y media prácticamente en punto. ¿Por qué? ¿Tiene algún compromiso?

—Uno muy insignificante. Vuelvo enseguida, señor Mac Nab.

—La espero aquí.

Se habían puesto en pie los dos. Mac Nab volvió a sentarse, y Marylin se alejó hacia el interior del hotel. Tardó menos de un minuto en encontrar un teléfono, con el que hizo una llamada.

—¿…?

—Soy yo, Lewis. ¿Recuerdas el detective privado que os dije tenía Jamison como vecino?

—Está aquí.

—…

—No sólo en Miami, sino en mi hotel. Acaba de aparecer en la playa, muy sorprendido por haberme encontrado. Dice que está en Miami vigilando a un caballero por encargo de la esposa.

—¿…?

—Ni mucho menos. No tiene cara de tonto, ni creo que lo sea, de ninguna manera.

—…

—Sí.

—…

—Sí, sí, sí, entendido.

—¿…?

—No, no hace falta que lo repitas. Adiós.

Colgó, y regresó a la playa. Mac Nab continuaba allí, tendido plácidamente al sol. Tan plácidamente, que cuando fue a darse cuenta, Marylin ya se había sentado a su lado de nuevo.

—Perdone, no la he visto llegar…

—Vamos, no sea exagerado, señor Mac Nab. No tiene que ponerse en pie cada vez que me ve.

—Es que yo soy muy educado.

Se echaron a reír los dos. Marylin comenzó a meter en su bolso de paja las cosas que había dejado fuera, sobre una revista.

—Lo siento, pero tengo que marcharme. Parece que la situación se está agravando.

—¿Algún familiar enfermo?

—No… No exactamente. Son cosas de familia, señor Mac Nab.

—No quiero ser indiscreto. ¿Cuándo regresará?

—A decir verdad, no lo sé. Quizá esta misma tarde, quizá mañana… ¿Realmente siente usted interés por mí?

—Sí.

Marylin Milford miró fijamente a Mac Nab antes de parpadear muy en plan de estar gratamente sorprendida.

—Bueno, quizá podríamos vernos un rato esta tarde. Hay un parador cerca de donde yo voy ahora, y si las cosas no se complicasen supongo que podría estar allí a las… seis. Está hacia el norte, pasado Fort Lauderdale, en la A1A. Creo que su nombre es Los Delfines. De todos modos, supongo que usted va a estar muy ocupado, así que no…

—Puedo arreglármelas. Y me gustaría poder ayudarla en algo, Marylin.

—¿De verdad lo haría?

—Si es posible, sí.

Ella estuvo vacilando unos segundos. Por fin, musitó:

—Quizá usted pudiese… No sé. Se lo diré esta tarde. ¿Cuento con su presencia en Los Delfines?

—Naturalmente. Y no vacile en recurrir a mí; le aseguro que soy un tipo de recursos. —Gracias… Gracias, Morris. Y ahora,

perdóneme, pero tengo que marcharme urgentemente. Adiós.

—Hasta la tarde, Marylin.

La bella pelirroja se fue, y Mac Nab volvió a tenderse, dispuesto realmente a tomar el sol. No podía seguir en aquel momento a Marylin, pues sería demasiado evidente y violento. Lo único que podía hacer era esperar… y aprovechar la situación para tomar el sol.

Hacia las tres y media de la tarde, estaba todavía durmiendo la siesta cuando llamaron a la puerta de su habitación. Se sentó en la cama, y miró su reloj de pulsera. Era bueno poder tomarse las cosas con calma de vez en cuando.

Fue hacia la puerta poniéndose la chaqueta del elegante pijama que había comprado la tarde anterior.

—¿Quién es? —preguntó.

—Rachel.

—¿Quién? —Se pasmó Mac Nab.

—La señorita Townsend —dijo la voz, con tono irritado.

Mac Nab abrió la puerta, y se quedó mirando todavía estupefacto a la muchacha.

—Señorita Townsend… ¡Estaba convencido de que ya debía estar usted en Alaska!

—Pues ya ve que estoy aquí. Me envía Marty.

—La envía Marty —balbuceó Mac Nab—. La envía Marty… ¿Se refiere usted a Marty Ross, mi compañero?

—Naturalmente. He pasado la mañana con él vigilando aquella casa donde fueron los dos hombres del Fontainebleau. Estoy muy intrigada con todo esto.

—Ya, ya. Bueno —sonrió de pronto Mac Nab—, de todos modos, Marty es un muchacho muy simpático y atractivo, ¿verdad?

—¿Por qué dice eso?

—Vamos, señorita Townsend… Usted se ha quedado por el apuesto detective, no por perder el tiempo vigilando a unos tipos… ¿A que sí?

—Es usted muy listo, señor Mac Nab. ¿Quiere o no quiere escuchar el recado con el que me ha enviado Marty?

—Podía haber llamado por teléfono, simplemente.

—No, señor, porque los dos hombres salieron de la casa, y se fueron con el coche, Marty llamará cuando sepa adónde han ido,

pero mientras tanto quiere que usted sepa con toda urgencia lo referente a esos dos hombres.

Mac Nab se rascó la nuca. Luego, se apartó. Rachel entró, él cerró la puerta, y volvió a rascarse la nuca.

—Creo que debería darme una ducha… ¿Cuál es el recado de Marty?

—Él está muy sorprendido de que usted no sepa quiénes son esos dos hombres.

—¿Por qué había de saberlo? —Sé sorprendió Mac Nab.

—Marty dice que deben ser vecinos suyos.

—¿Vecinos míos? No los había visto en mi vida.

—Pues Marty dice que los vio salir anteanoche del edificio donde vive usted, cuando él estaba allí vigilando a Marylin Milford.

—¿Los vio salir de allí…? ¿A qué hora?

—Cerca de las cinco de la madrugada. Marty ha mirado el listín, y dice que el teléfono está a nombre de un tal Lewis Rudd, así que supone que uno de los dos se llama así. Es todo lo que sabe, por ahora. Pero llamará en cuanto pueda.

Mac Nab se pasó una mano por la barbilla, pensativo. De pronto, asintió con la cabeza, y señaló un silloncito.

—Siéntese, señorita Townsend. ¿Le importa que me duche mientras esperamos la llamada de Marty?

—Más bien creo que necesita con urgencia la ducha, señor Mac Nab. Yo diría que está usted duro de entendederas.

—Por el contrario —susurró Morris Mac Nab—. Por el contrario, señorita Townsend.

El teléfono de la habitación, de Mac Nab sonó a las cuatro y veinticinco de la tarde.

—¿Si? —Atendió Morris, ya vestido y preparado para salir.

—¿…?

—Claro. Dime, Marty.

—…

—Sí.

—…

—Sí, entiendo. No, no, no, no hace falta que me digas nada más, porque estoy entendiendo la jugada mejor que tú. Y para que tú también la entiendas, te diré que estoy citado a las seis en Los Delfines con Marylin Milford.

—¡…!

—Tranquilo, jovencito. Arreglaremos esto a mi manera.

* * *

A las seis menos diez minutos de la tarde, Morris Mac Nab detenía su coche en el pequeño estacionamiento del parador llamado Los Delfines, en la carretera A1A. Se apeó, fue directo hacia el parador, entró en éste, y ocupó una mesita cerca de una ventana desde la que se veía la carretera.

Dentro del parador no vio a nadie conocido. Pero, apenas hacía tres minutos que había llegado, cuando aparecieron los dos hombres, a pie. Entraron en el parador, fueron directos hacia el mostrador, y pidieron café. Por supuesto, Mac Nab los había identificado enseguida: eran los que la noche anterior había seguido hasta Coconut Grove. Los amigos de Marylin, en fin.

Mac Nab miró su reloj, y decidió esperar, aunque sabía que era inútil. Pero había que dar esa sensación de confianza de quien espera a una persona que no puede dejar de acudir. Ni una sola vez miró hacia los dos sujetos… Ni siquiera cuando, siempre sin mirar, notó que uno de ellos se acercaba. Sólo lo miró cuando el hombre puso ambas manos en el borde de la mesa y musitó:

—Señor Mac Nab, ¿le gustaría morir aquí y ahora mismo?

Morris le miró vivamente, con una veloz crispación de párpados.

—¿Qué dice? —exclamó.

Igual que el que se había quedado en la barra, sentado en el taburete de modo que hacía frente a Mac Nab, el que estaba ante éste tenía la mirada dura, fría, desangelada. Eran dos sujetos bien parecidos, incluso elegantes, pero en aquellos momentos, sin poder dominarse, Mac Nab sintió como un chorrito de frío en la espalda.

—Digo que vamos a ir a su coche como buenos amigos, a menos que usted prefiera que lo acribillemos aquí mismo.

—Pero…

—No tengo ganas de conversación, Mac Nab. ¿Viene o se queda?

Morris Mac Nab se puso en pie, y fue hacia la puerta. Salió del parador, acompañado por su interlocutor. El otro los seguía a media docena de pasos, como distraído, encendiendo un cigarrillo. Llegaron al coche, Mac Nab se puso al volante, y los otros dos pasaron al asiento de atrás.

—Siga hacia el norte. Yo le diré cuándo debe abandonar la carretera.

Morris se pasó la lengua por los labios, y puso el coche en marcha. Se alejaron del parador. Estuvieron viajando por la A1A apenas cinco minutos, hasta que el hombre ordenó:

—Gire a la izquierda. Poco después verá un camino que va hacia el lago. Siga por él. Aunque llegue a un punto donde le parezca que el camino termina, no haga caso. Siga. ¿Comprende?

El detective privado se limitó a asentir con la cabeza. Giró a la izquierda, luego hacia la derecha cuando vio el camino, y lo siguió hasta que, realmente, era imposible avanzar más, so pena de meter el coche en el lago.

—Muy bien. Pare el motor, señor Mac Nab… Gracias. Y ahora, vamos a sostener una corta pero muy sincera conversación. Díganos…

—Quisiera salir del coche —dijo con voz tensa Mac Nab.

—Estamos bien aquí.

—Es que me estoy orinando. ¡Me voy a orinar encima si no me dejan salir ahora mismo…!

—Tranquilícese. Salgamos, James; no tiene importancia.

Salieron los tres del coche. James Stivers y Lewis Rudd contemplaban con cierta socarronería a Mac Nab, que se alejó unos pasos del coche para aliviar su perentoria necesidad fisiológica. No era cuento, en modo alguno. Había tenido tiempo sobrado para clasificar sin lugar a dudas a los dos hombres: eran asesinos profesionales.

No había nadie por allí, el silencio era total. Una leve brisilla que llegaba del mar rizaba suavemente la superficie del lago… El lago que, Mac Nab lo había comprendido ya, se pretendía que fuese su tumba.

—Vamos, termine.

Morris se volvió, subiendo la cremallera. Se quedó mirando la pistola que empuñaba el de la derecha. El de la izquierda la estaba sacando. Los dos llevaban silenciador.

—Señor Mac Nab, queremos saber por qué ha seguido usted a Marylin a Miami. ¿Cuál es la respuesta?

—Yo no he seguido…

—Déjese de estupideces. ¿Cuál fue el fallo de ella?

—El perfume llamado «Tormenta». Lo olí cuando entré en el apartamento de Henry Jamison.

—Ya. ¿Comentó esto con la policía?

—Claro que sí. La policía también vigila a la señorita Milford.

—No diga estupideces. Sólo usted se ha interesado por ella. Conocemos a los tipos como usted, que quieren los triunfos para ellos solitos. Bueno, sabemos todo lo que queríamos saber, de modo que… ¡adiós, señor Mac Nab!

Le apuntaron los dos a la vez, al pecho, pero, en aquel instante, se oyó un chasquido metálico, y una voz se dejó oír detrás de los dos asesinos:

—Un solo gesto más, y los mato a los dos.

Rudd y Stivers quedaron inmóviles. Apuntando a Mac Nab, pero ya no tan decididos a disparar. Morris Mac Nab se permitió explicarles su situación con toda tranquilidad, a pesar de tener una bola fría incrustada en la garganta:

—Me permití traer a un amigo en el portaequipajes del coche —dijo—. En este instante, llegado el momento de intervenir, lo ha abierto, y les está apuntando a la espalda con una automática. Creo que me he explicado con claridad.

—Yo te he entendido —dijo Marty Ross.

Estaba de pie en el maletero, cuyo capó había abierto desde dentro, en efecto. Lo que no era cierto era que tuviese una automática. No tenía arma alguna. Si Rudd o Stivers volvían la cabeza, se darían cuenta de ello, por supuesto.

—En sus circunstancias —continuó Mac Nab sosegadamente—, se impone una conversación pacífica. También pueden optar por tomárselo a la brava, pero sería estúpido por su parte. ¿Puedo confiar en que me van a entregar sus pistolas sin más complicaciones?

La situación tenía que ser salvada a base de mostrar seguridad en sí mismo. Mac Nab se adelantó hacia los dos hombres, con toda tranquilidad aparente, y retiró la pistola de entre los dedos de Rudd, que le dejó hacer, fruncido el ceño. Luego, se acercó a Stivers, mientras Rudd, irritado, miraba hacia el coche. Vio a Marty Ross de pie dentro del maletero, y se dio cuenta en el acto de la jugada, enrojeciendo violentamente.

—¡Jim, no tienen armas, dispara…! —gritó.

James Stivers volvió un instante la cabeza, vio a Marty Ross, y lanzó una maldición, desviando la pistola hacia él. Casi simultáneamente, recordaba que Mac Nab tenía la pistola de Rudd, y respingando se volvía de nuevo hacia él, alzando el arma, mascullando una maldición…

Morris Mac Nab no miraba el arma de Stivers. Miraba los ojos del asesino, y lo que vio en ellos no le dejó el menor margen de dudas. Así que disparó con la pistola que acababa de tomar de entre los dedos de Rudd.

Plop.

James Stivers lanzó un grito brevísimo. Tiró la pistola hacia arriba, cayó sentado, y luego de espaldas. Sus ojos parecían juntarse en la nariz, como queriendo mirar el pequeño y negro agujero que había aparecido en la parte superior de ésta, entre las cejas.

—¡Morris…! —avisó Marty.

Mac Nab tuvo el tiempo justo de orientarse hacia Rudd, cuyo peso recibió de lleno, con tal ímpetu, que salió despedido violentamente, rodó sobre la nuca, quedó sentado… y recibió un punterazo en el estómago que le dejó sin aliento. Palideció, sus ojos se desorbitaron, sus brazos cayeron inertes… Rudd se dejó caer de rodillas ante él, adelantó una mano, y cerró los dedos en torno a la pistola que Mac Nab sujetaba todavía, si bien débilmente.

—¡Morris! —bramó Marty, saltando del coche.

El grito, o quizá el fuerte tirón en los dedos, hizo reaccionar a Mac Nab. Sus ojos desorbitados vieron la pistola a menos de un palmo de su nariz, ya en la mano de Rudd. Lanzó un manotazo, y la bala pasó junto a su oreja izquierda al ser desviada la pistola en el último instante. Todavía notando en la oreja como un latigazo caliente, se abalanzó contra Lewis Rudd, de cabeza, golpeándole en la barbilla, mientras con la mano izquierda sujetaba la muñeca derecha del asesino profesional.

—¡Apártate! —le gritaba Marty, que había recogido la pistola de Stivers—. ¡Aparta, Morris…!

El siguiente disparo efectuado por Rudd fue hecho tan cerca del rostro de Mac Nab que éste notó el súbito calor de la combustión, mientras la bala pasaba rozando la parte superior de su cabeza. No se preocupó de nada que no fuese sujetar la mano derecha de Rudd, manteniéndola apartada. Convencido de que esto lo había

conseguido, lanzó su puño derecho hacia el rostro de Rudd, y tuvo la sensación de que su hombro iba a saltar en pedazos cuando el brazo rebotó en el pecho del asesino, que a su vez lanzaba un golpe con el puño izquierdo hacia la garganta de Mac Nab. La visión de éste se oscureció al recibir el golpe; sus ojos se llenaron de puntitos de luz, su cabeza comenzó a girar…

Cayó hacia atrás, y todavía conservó suficiente lucidez para darse cuenta de que seguía sujetando la mano armada de Rudd, y que tiraba de él. Para Morris Mac Nab todo sucedió como en cámara lenta: vio a Rudd cayendo sobre él mientras de un tirón desasía la mano que empuñaba la pistola, y comenzaba a moverla hacia su cabeza; en ese momento, Rudd caía de vientre sobre su pie derecho, y Mac Nab distendió con fuerza la pierna; en el mismo instante en que iniciaba el lanzamiento de Rudd por encima de su cabeza, disparaban el asesino y Marty Ross. La bala de Rudd fue hacia el lago, debido a que la de Marty llegó una milésima de segundo antes, acertándole en la nuca y ocasionando un súbito temblor en todo el cuerpo… que salió despedido, muerto, por encima de la cabeza de Morris Mac Nab.

Se oyó el chapoteo, las plácidas aguas parecieron romperse, y Lewis Rudd quedó hundido de cabeza y hombros en la orilla del lago.

Mac Nab sacudió la cabeza, y ante sus ojos se aclaró la visión de Marty, mirándole ansiosamente.

—¿Estás bien, Morris?

—No lo sé… ¿Y tú?

—Sí. Vamos a sacar a ése del agua.

Al moverse, Mac Nab creyó que el estómago se le iba a caer a pedazos. Cerró los ojos, y se quedó inmóvil, de rodillas. La cabeza dejó de darle vueltas. Cuando abrió de nuevo los ojos, Marty ya había retirado del agua el cadáver de Rudd.

—En buen lío nos hemos metido. Nos hemos cargado a dos tipos, Morris.

—Bueno —musitó Mac Nab—, no creo que seamos nosotros quienes debamos lamentarlo, querido Marty.

Capítulo VI

En cierto modo, Marylin lo lamentaba, porque realmente Mac Nab le había parecido un tipo simpático, pero, así es la vida: el que se busca complicaciones no debe quejarse si finalmente las encuentra.

Y evidentemente, Mac Nab las había encontrado, porque no había aparecido en el hotel para cenar. Lo cual quería decir que la trampa del parador había funcionado perfectamente.

Marylin terminó de cenar algo más tarde de las ocho, y entonces llamó a la casa de Rudd, pero nadie contestó. Tomó café en el bar, y mientras tanto se dijo que lo mejor era subir a su habitación, y llamar desde allí hasta que le contestasen. Entonces, sólo tenía que decirle a Rudd dónde había dejado su coche, y si él decía que ya lo había recogido, querría decir que todo había salido bien. Bien para ellos, mal para Morris Mac Nab.

Eran cerca de las nueve de la noche cuando Marylin Milford subió a su habitación, en el séptimo piso del Ocean. Entró, cerró la puerta, encendió la luz, y fue a sentarse en el borde de la cama, tendiendo el brazo hacia el teléfono de la mesita de noche… Se quedó así, inmóvil, palideciendo bruscamente, cuando vio a Mac Nab, saliendo del cuarto de baño.

—Hola, Marylin. ¿Cómo van los asuntos de familia?

—Morris… —jadeó la pelirroja.

—Mac Nab para ti —dijo fríamente el detective—. Señor Mac Nab. Túmbate en el centro de la cama boca abajo. Cruzada en la cama, ¿comprendes?

—Pero…

—Por favor, no me obligues a romperte la cara.

Marylin Milford tragó saliva, y se colocó en la postura requerida por Mac Nab. Éste se puso de rodillas sobre la cama, junto a la

muchacha, y le pasó las manos por todo el cuerpo, sin contemplaciones. No encontró ningún arma.

—De acuerdo. Ahora, siéntate en ese silloncito y conversemos inteligentemente. Es decir, que vas a explicarme todo el asunto de la muerte de Henry Jamison. Estuviste allí, ¿no es cierto? En su apartamento, quiero decir.

—Sí… sí.

—¿Se suicidó realmente o lo asesinaron tus amigos Lewis Rudd y James Stivers?

—Él se suicidó.

—¿Seguro?

—Sí. Pero fueron ellos, Lewis y James quienes le obligaron a hacerlo.

—¿Le obligaron? ¿De qué modo?

—Le dijeron que tenía que suicidarse, dejando una nota en ese sentido. Si no lo hacía, ellos matarían a su hija.

—¿A la pequeña Carolyn? —musitó Mac Nab.

—Sí. Jamison aceptó suicidarse, después de escribir unas palabras en un papel que hicieron mucha gracia a Rudd.

—Adiós, mundo cruel… Pero ¿por qué todo esto? ¿Qué está pasando exactamente?

—No sé. A mí me contrataron ellos dos. Me dijeron que necesitaban una chica como yo, para que les hiciese pequeñas gestiones de exploración de terreno y algunos contactos. Me dijeron que siempre tenían trabajo, y que podían pagarme cada mes cinco mil dólares. Me pareció muy bien.

—¿Sabías que eran asesinos profesionales?

—¿Eran…?

—Han muerto los dos, ¿lo sabías? Lo de que eran asesinos profesionales.

—No… Bueno, no lo supe enseguida, pero pronto me lo hicieron comprender. Les demostré que no me importaba, y parecieron muy contentos. Les había ayudado ya en un par de ocasiones cuando me dijeron que el próximo trabajo sería en Chicago. Tenía que hacer una visita a una mujer llamada Carol Begg, divorciada de Henry Jamison, y enterarme de dónde se hallaba éste, fuera como fuese. Cuando lo supe, me dijeron que me instalase cerca de Jamison, porque iban a necesitar, quizá, una base de operaciones en el

edificio. Y así fue. La otra noche me dijeron que visitase a Jamison, que le amenazaste con una pistola que me entregaron, y que cuando lo tuviese controlado les abriese la puerta. Temían que si él los veía comenzase a disparar, y no les convenía. Ante todo, querían aquel montón de cuartillas escritas a máquina. Cuando le amenazaron con matar a su hija si no hacía todo lo que ellos quisieran, Jamison dio por perdida la partida.

—Ya la tenía perdida de antemano —susurró Mac Nab—, habría muerto muy pronto, de todos modos, así que decidió salvar la vida de su hija. ¿Qué le exigieron Rudd y Stivers?

—Le exigieron todo lo que tuviese escrito. Luego, que escribiese, aquella nota. Finalmente, le ordenaron que se pegase un tiro en la cabeza un minuto después de habernos marchado los tres de su apartamento. Le dieron su propia pistola después de obligarle a sentarse en un sillón… Jamison estaba de espaldas a ellos, pero no les dio tiempo a nada: en cuanto tuvo la pistola en la mano, en lugar de esperar, se disparó el tiro a la cabeza.

—Y fue entonces cuando tú y tus amigos, sobresaltadísimos, subisteis corriendo a tu apartamento, donde ellos permanecieron hasta las cinco de la mañana, aproximadamente; lo cual era mucho menos arriesgado que haber intentado salir corriendo del edificio, pues alguien les habría visto. ¿No es así?

—Sí. Ellos ya habían tirado la carta para simular que me reclamaban asuntos urgentes en Miami y poder marcharme de Chicago sin despertar sospechas. Llegué aquí, los fui a ver, les dije que todo estaba bien, ellos dijeron que tampoco habían tenido contratiempos, y eso es todo. Estábamos en reposo.

—¿Cuánto hace que trabajas con ellos?

—Unos cuatro meses.

—Entonces, no tomaste parte en el caso Robensein, claro.

—¿El caso Robensein? —Palideció Marylin.

—Henry Jamison fue uno de los asesinos. Y creo que Rudd y Stivers pudieron ser los otros dos… Quizá habría otro más, no sé. ¿Ellos no te hablaron nunca de esto?

—No. Nunca daban explicaciones. Sólo órdenes.

Mac Nab asintió con un gesto, y quedó pensativo unos segundos.

—¿Qué había escrito Henry Jamison que interesaba tanto a Stivers y Rudd?

—No lo sé. Habían muchos folios escritos a máquina. Cien o doscientos… Muchos. Rudd se los llevó. No sé nada más.

—Yo creo que sí sabes algo más. Hablemos de Carol Begg, es decir, de la ex esposa de Henry Jamison. Su muerte no fue accidental, ¿verdad?

—No… Rudd y Stivers lo arreglaron todo después de marcharse de mi apartamento a la madrugada.

—En resumen: han asesinado a Jamison y a su ex esposa y se han llevado un montón de cuartillas escritas a máquina. Y tú ya no sabes nada más, dices.

—No.

Mac Nab se quedó mirándola fijamente, sentado en el borde de la cama. Se puso en pie, metió las manos en los bolsillos, y se acercó a la ventana del dormitorio, que daba a la fachada posterior del hotel, esto es, a la playa. Se quedó mirando el relampagueo de la luna sobre las negras aguas, pensativo. No le preocupaba en absoluto que Marylin le estuviese mintiendo, ya que sabía adónde podía llevarla para poder «trabajarla» a fondo. Sí, la llevaría a la casa de Lewis Rudd, precisamente. Allá, entre él y Marty le sacarían a Marylin absolutamente todo lo que supiese. La verdad, toda la verdad y nada más que la verdad.

—Está bien —se volvió comenzando a caminar hacia la puerta —, tú y yo vamos…

Fue todo tan rápido y extraordinario, que durante un par de segundos, Morris Mac Nab quedó paralizado: justo en el momento en que se volvía, vio a Marylin, abalanzándose hacia él, con las manos por delante, las palmas extendidas; vio su rostro crispado, sus ojos muy abiertos, su gesto resuelto… Pero, enseguida, la expresión de Marylin Milford cambió, cuando, llevada por su impulso, pasó por el lugar que Mac Nab acababa de abandonar. La expresión cambió para mostrar un súbito terror, mientras Marylin intentaba detener su marcha, su fuerte impulso con el que había pretendido empujar a Morris Mac Nab por la ventana.

No lo consiguió.

La ventana le pareció una enorme boca negra, comprendió que no iba a poder detenerse, intentó aferrarse al borde de la abierta ventana, lanzó un agudo chillido…

Mac Nab oyó el golpe del vientre de Marylin contra la parte

inferior de la ventana, y el arañar de sus uñas en los lados del marco, el chillido… Marylin Milford desapareció por el hueco sin que él hubiese tenido tiempo de reaccionar.

El grito pareció perforarle los tímpanos mientras se iba perdiendo en la distancia, hacia abajo:

—¡AAAaaaAAAaaa…!

Luego, el fuerte impacto del cuerpo de Marylin contra el suelo.

Con un esfuerzo, Mac Nab se recuperó de su momentánea parálisis. Notaba el rostro como si acabasen de frotárselo con una barra de hielo. Salió corriendo de la habitación de Marylin, y aprovechando que la atención de todos los clientes del hotel debía centrarse en la parte de atrás, es decir, que debían estar mirando por las ventanas que daban a la playa, bajó a toda prisa al quinto piso, donde estaba su habitación. Se metió dentro, y tras vacilar, corrió también a mirar por la ventana.

No habría sido natural que él permaneciese indiferente al accidente de la señorita Milford.

* * *

—No entiendo por qué insiste tanto conmigo, teniente —masculló Mac Nab—. Le he dicho todo lo que sé, o sea más o menos lo mismo que otros clientes del hotel.

Abel Lippman, teniente de homicidios, devolvió a Mac Nab su licencia de detective privado, mientras contestaba:

—Así es, señor Mac Nab. Pero hay una diferencia entre usted y los demás clientes del hotel: me han dicho que esta mañana le vieron conversando en la playa con esa pobre muchacha.

—Eso es cierto. La conocí hace unas semanas, creo que fue en Nueva York, durante un viaje que hice allí, y al verla, la fui a saludar. ¿Eso es algo extraordinario?

—No —tuvo que admitir Lippman.

—Entonces, no comprendo su insistencia.

—¿La vio durante el día de hoy, señor Mac Nab?

—No. Ella dijo que tenía que marcharse, y así lo hizo. Yo también he estado dedicado a mis asuntos. Volví un poco tarde, me sentía cansado, y vine a mi habitación. Eso es todo. ¿Acaso cree que yo la empujé por la ventana?

—Pues alguien lo hizo —dijo bruscamente Lippman—, porque lo

seguro es que no se tiró ella.

—¿Y cómo sabe usted eso?

—Porque hay señales de arañazos en la ventana. Alguien la empujó, ella intentó sujetarse allí sin lograrlo, y dejó arañazos en la ventana.

—Mire, teniente… Es muy tarde, de verdad estoy cansado. ¿Quiere informes sobre mí? De acuerdo, llame a su colega Foreman, de Chicago, y pregúntele si cree que Mac Nab es capaz de tirar a una chica por la ventana.

—Foreman, de Chicago. Es muy posible que lo llame, sí.

—Se lo agradecería. Y no deje de comunicarme el resultado.

—Está bien. Mientras tanto, por favor, señor Mac Nab, no se vaya de Miami.

—Esto es absurdo —frunció el ceño Morris—, pero supongo que no tengo más remedio que obedecer.

—En efecto —sonrió secamente Lippman—, no tiene más remedio. Le diré algo por la mañana, señor Mac Nab.

—Prepare sus disculpas —masculló Morris.

Lippman sonrió, encogió los hombros, y se despidió con un gesto, dirigiéndose hacia la puerta de la habitación. Mac Nab se felicitó por no haber llamado desde su habitación a la casa de Rudd, donde debía estar esperando Marty; con toda seguridad, Lippman iría ahora a preguntar a la telefonista quiénes habían utilizado el teléfono para llamar adónde… Y, claro, en especial, se interesaría por las llamadas que hubiese hecho o recibido Marylin Milford. Nada que temer por allí. Sólo era de esperar que Marty tuviese la paciencia suficiente para no complicar las cosas.

* * *

Lippman reapareció en el hotel a las nueve y media. Morris estaba desayunando, y se quedó mirándolo. Vio a Lippman vacilar para, finalmente, acercarse a él, forzando una sonrisita.

—No he venido por nada relacionado con usted, señor Mac Nab. De todos modos, le diré que ya hablé con Foreman anoche mismo.

—Ah. ¿Y qué?

—Al parecer, Foreman y usted son buenos amigos. Naturalmente, puede usted hacer lo que guste: marcharse o quedarse.

—Y de las disculpas… ¿qué? —Gruñó Mac Nab.

—No se pase, señor Mac Nab —sonrió Lippman.

Se alejó. Morris terminó su desayuno, y abandonó el hotel. Se metió en su coche, y comenzó a dar vueltas. Al parecer, no le seguía nadie… excepto Marty, en un coche alquilado. En un semáforo en rojo, Marty colocó su coche junto al de Mac Nab, y le hizo una seña a éste, que movió la barbilla.

—¿Qué?

—Adivina quién ha venido a desayunar a Miami —dijo Marty.

—¿Quién?

—Foreman. Yo te sigo a ti y él nos sigue a los dos.

—Maldita sea su estampa… ¿Va solo?

—Sí. ¿Qué ha pasado? No me llamaste, y…

—Ya te lo explicaré. Vamos ahora a la casa de Rudd.

—*Okay*.

Quince minutos más tarde, detenían un coche tras otro ante el 114 de Irvington Avenue; caminaron hacia la puerta de la casa, que se abrió antes de que llegasen, causando la consiguiente sorpresa en Mac Nab. Sorpresa que aumentó cuando vio en el umbral a Rachel Townsend.

—Atiza… Señorita Townsend, ¿qué hace usted todavía en Miami?

—Hemos pasado la noche trabajando juntos —explicó Marty, adelantándose.

—¿A qué llamas tú *trabajar*? —Gruñó Mac Nab.

Rachel Townsend enrojeció violentamente, mientras Marty se limitaba a sonreír.

—Mientras tú dormías tranquilamente en tu lujoso hotel —aclaró—. Rachel y yo nos hemos dedicado a registrar toda la casa. Sólo hemos dormido un par de horas esta madrugada.

—Ah. Bueno, ¿qué habéis encontrado?

—Nada que valga la pena.

—Pero al menos vais intimando, que no es poco. Parece que la señorita Townsend ya no tiene interés en ir a Alaska.

—Es usted un estúpido —dijo con pleno convencimiento Rachel.

—Ahí llega Foreman —masculló Marty.

Efectivamente, Foreman detuvo su coche detrás del de Marty Ross, se apeó tranquilamente, y se quedó mirando a sus viejos

conocidos de Chicago, mientras encendía un cigarrillo. Luego, acudió al porche de la casa y señaló el cielo.

—Un clima así da gusto, ¿eh?

—Hay quien piensa que el de Alaska aún es mejor.

—¿El de Alaska? ¡Qué tontería!

—El teniente Foreman —lo señaló Mac Nab—. Ella es la señorita Rachel Townsend, de Chicago. Exactamente, profesora… de no sé qué en el Middle College.

Foreman miró especulativamente a Rachel mientras daba un cabezazo. Luego, miró a Mac Nab.

—Anoche me llamó Lippman de aquí. Me dijo que podías estar en un lío. Le dije que era imposible que tú hubieses tirado una chica por una ventana… Cuando me dijo el nombre de la chica, insistí. Pero estaba recordando perfectamente el nombre de Marylin Milford: era una de tus vecinas en Chicago, de acuerdo a la lista que conseguí. Y ahora, Mac Nab, ¿hablamos claro?

—He preparado café —dijo Rachel.

Veinte minutos más tarde, todos habían tomado café en el saloncito de la casa, y Foreman reflexionaba sobre las explicaciones de Mac Nab.

—En resumen —masculló por fin—, que ya no tienes pistas de ninguna clase.

—No. Pero trajimos los cadáveres de Rudd y Stivers a esta casa. Están en el garaje. Y te apuesto diez a uno a que cuando les tomen las huellas serán identificados como pertenecientes al grupo que asesinó a los Robensein.

—Tú debes creer que el FBI obtuvo un millón de huellas digitales en esa ocasión. Pero, ciertamente, no se va a perder nada probando. ¿Te das cuenta de que le estás pisando el terreno al FBI?

—Que se vayan al demonio.

—Y también me lo has pisado a mí —lo miró hoscamente Foreman—. La otra noche no me dijiste todo lo que sabías.

—Hombre, cada uno va a lo suyo… ¿Qué has hecho tú con Lippman? Le has dicho que sí, que soy un muchacho excelente, pero no le has dicho que Marylin estaba en Chicago, qué era vecina mía, que hay un extraño caso de suicidio, que…

—Está bien, está bien. Aclaremos posiciones. ¿Piensas seguir complicándote la vida, o dejarme esto para mí, a fin de que avise a

Lippman, luego al FBI, etcétera?

—Lo que tendría que hacer el señor Mac Nab —dijo con tono casi agresivo Rachel—, es recordar que mis vacaciones están consumiéndose, y que todavía no he salido hacia Alaska. Pero es tan listo que cree que lo hará todo mejor que la policía y que el FBI, y para ello no le importa sacrificarme. Si tuviese un mínimo de consideración hacia mí y un mínimo de inteligencia resolvería esta situación llevándome de vuelta a Chicago y ocupándose de sus asuntos.

—Más claro, el agua —sonrió Foreman.

—Sí —sonrió Marty—, lo mejor será que nosotros volvamos a casa, Morris. Esto se está complicando demasiado.

Mac Nab iba a dar una respuesta poco simpática, pero notó en la espalda la presión de la mano de Marty. Vaciló, frunció el ceño, soltó un par de refunfuños, y finalmente asintió.

—De acuerdo. Ya lo sabes todo, Foreman. Y te dejamos la casa, los cadáveres… ¿Podemos volver a Chicago?

—Procuraré encauzar el asunto sin vosotros —dijo Foreman.

Se despidieron poco después, salieron los tres de la casa, y fueron hacia los coches. Decidieron dejar el alquilado por Marty allí mismo, y pasar aviso a la *rent-a-car* para que lo recogiese. Subieron los tres en el de Mac Nab, que apenas se hubo alejado de allí un centenar de metros, volvió la cabeza hacia el asiento de atrás, donde viajaban Rachel y Marty.

—¿Qué tenías que decirme, Marty?

—Yo, nada. Pero estoy seguro de que Rachel sí trataba de hacerte entender algo, ¿no es así, Rachel?

—Frene donde pueda —miró ella hoscamente a Mac Nab.

Éste esperó a hallarse fuera del alcance visual de Foreman, detuvo el coche, y se volvió completamente. Rachel abrió su bolsito, y sacó un papel doblado en cuatro.

—Poco antes de llegar ustedes, esta misma mañana, vino un hombrecillo a cobrar este recibo. Es el importe de un telegrama que fue cursado ayer desde la casa, por teléfono. Naturalmente, en el recibo hay una copia textual del telegrama. Le dije al hombrecillo que yo era la señora Rudd, le pagué, y me quedé el recibo. ¿Hice bien?

Morris y Marty contemplaban boquiabiertos a la muchacha.

Marty le arrebató el recibo, lo desdobló, y leyó rápidamente la copia del telegrama. Luego, lo tendió a Mac Nab, que lo leyó a su vez:

«Míster WALTER HISCHMAN

»2239, Sunset Blvd.

»Beverly Hills (Los Ángeles).

»Manuscrito destruido. *Stop*. Todo terminado felizmente. *Stop*. Saludos cordiales.

»RUDD».

—Señorita Townsend —volvió a mirar Mac Nab a Rachel—, acaba de ganarse el pasaje a Alaska en clase de lujo y ahora mismo. La voy a llevar inmediatamente al aeropuerto para…

—Hombre, yo creo que te precipitas —cortó Marty—. A lo mejor a la señorita Townsend le gustaría más venir con nosotros a Los Ángeles. ¿O me equivoco, Rachel?

—No —musitó ella—, no te equivocas, Marty.

—Entiendo —murmuró Mac Nab—. Bueno, realmente no creo que el asunto se prolongue demasiado allí, así que no hay inconveniente en que usted esté con Marty, señorita Townsend.

—Ya te dije que se daría cuenta de nuestro amor —guiñó Marty un ojo a Rachel—. Morris es muy inteligente.

—Sí, tendré que admitirlo —asintió la muchacha—. Evidentemente, el señor Mac Nab es todo un compendio de perspicacia detectivesca.

—¿Cuál es el chiste? —Gruñó Mac Nab, mirando de una a otro.

—Eso es lo que se va a preguntar Foreman si se entera de que los tres hemos salido hacia Los Ángeles en lugar de hacía Chicago.

—Sí —sonrió Mac Nab—. Pero esta vez no le vamos a dar tiempo a reaccionar. Bien, vamos a recoger nuestras cosas de nuestros respectivos hoteles, y…

CAPÍTULO VII

Daisy Hischman salió de la tienda tan cargada de paquetes que casi no podía ver dónde ponía los pies. Por fortuna para ella, incluso en Sunset Boulevard pueden encontrarse almas caritativas. Y una de estas almas caritativas apareció ante ella señaló los paquetes, sonrió y preguntó:

—¿Quiere que la ayude, señorita?

En realidad, no parecía que el sujeto aquel necesitase una respuesta autorizándolo, pues ya estaba haciéndose cargo de varios paquetes, aligerando el peso y la molestia de Daisy, que no vaciló por su parte en aceptar la ayuda, a pesar de que el tipo no parecía muy recomendable. Era alto, atractivo, de cabellos castaños, ojos oscuros, mentón agresivo… Habría resultado muy agradable si no hubiera llevado barba de un par de días, y hubiese vestido de aquel modo un tanto descuidado y casi sucio: unos viejos pantalones tejanos, zapatillas de baloncesto, y un jersey negro de cuello redondo y mangas cortas, que permitían ver unos impresionantes músculos.

—Tengo el coche allí —señaló Daisy.

—Estupendo. Estos paquetes pesan muy poco, pero son molestos de llevar, ¿verdad?

—Sí, así es —sonrió Daisy.

—Apuesto a que se ha gastado en trapitos lo que me gasto yo en un año en comer.

Daisy volvió a mirar al hombre, con renovado interés, pero no contestó. Prefirió emitir una sonrisita que, en definitiva, no comprometía a nada. Llegaron junto al coche, un precioso descapotable color guinda, y el sujeto tiró a la parte de atrás los paquetes. Le quitó de las manos los restantes a Daisy, y los colocó

junto a los primeros, en el reducido espacio del doble asiento trasero.

—Caramba, qué bólido —dijo—. ¡Debe ser estupendo conducirlo!

—Sí, lo es. Muchas gracias, señor…

—Mac Nab. Morris Mac Nab. ¿Va usted hacia su casa ahora, señorita Hischman?

—Sí, voy… ¿Me conoce usted? —Lo miró vivamente Daisy.

—Claro —sonrió ampliamente Mac Nab—. En realidad, esto es un secuestro, señorita Hischman.

—¿Qué… qué…?

—Se lo explicaré. Por mucho que usted mire alrededor, no verá nada que la alarme. Sin embargo, si no nos vamos los dos juntos en su coche, mucho me temo que va a recibir usted un par de puñaladas moriscas en los riñones. ¿Me he explicado?

Daisy había palidecido, y sus ojos giraron velozmente en todas direcciones.

—Dios mío…

—Ea, ea, no se lo tome así —le dio un par de palmaditas en las mejillas el llamado Morris Mac Nab—. Todo va a terminar bien. Suba a su coche, yo me pondré al volante, y nos iremos juntos a dar un paseo. ¿De acuerdo?

—No… Por favor, por favor, no…

Mac Nab se señaló el ojo izquierdo.

—¿Ve usted este ojo? Pues tengo el párpado nervioso, así que es fácil que me salga un guiño de un momento a otro. Y si yo guiño el ojo, usted la palma. ¿Me comprende?

—Sí… Sí, sí, sí…

—Conque usted verá qué hacemos. Yo creo que lo mejor sería que ambos subiésemos al coche, y que usted me diese las llaves. Me gustará conducir este cacharro. ¿De acuerdo?

—Sí… Sí, señor.

—Magnífico. Permítame…

Mac Nab abrió la portezuela de aquel lado, esperó a que Daisy se sentase, la cerró, y pasó al otro asiento, frente al volante, de un sorprendente salto por detrás de Daisy, que la dejó atónita. Le tendió la mano derecha.

—Las llaves.

El coche fue puesto en marcha. Mac Nab dio una palmada en una de las preciosas rodillitas de Daisy.

—Agárrese, que despegamos. ¿O prefiere una marcha moderada?

—Pre… prefiero… que conduzca con cuidado…

—Está bien. ¡Qué hermoso día! Plena primavera… En realidad, casi verano, pues ya hemos dejado atrás el equinoccio y nos acercamos al solsticio. Y cuanto más nos acercamos al solsticio, más es verano, ¿no le parece?

—Sí… Sí, sí.

—Me parece que usted no sabe lo que son los equinoccios ni los solsticios —frunció el ceño Mac Nab—. No comprendo cómo hay gente que ignora estas cosas. En realidad, la ignorancia es la plaga más terrible que azota a la humanidad. Todo lo malo que padece el ser humano tiene su base en la ignorancia. Empezando por las enfermedades, por ejemplo. Hay gente tan bruta que cuando están resfriados, por ejemplo, pues se dan una ducha fría. ¡Hombre, por favor…! Eso es lo mismo que si usted se está muriendo de calor y se mete en un horno, ¿no le parece? Acabaría de morirse, y a otra cosa. Otro ejemplo de ignorancia: usted va por la calle, encuentra un billete, y como en su vida ha visto ninguno igual, dice «bah, no vale nada», y lo tira. Total, porque no ve por ningún lado la palabra dólar. Sin embargo, puede ser un billete de mil libras, pongo por caso… con lo cual, usted acaba de tirar algo así como dos mil quinientos dólares. Más ignorancia: mucha gente está sufriendo pensando en lo que pasará cuando se agoten las reservas de petróleo del mundo. ¡Santo cielo, ya no tendrán gasolina!, ¿cómo irán en coche entonces? Todo un desastre, ¿verdad? Sin embargo, cuando se termine el petróleo, todo irá mejor, porque las fuentes energéticas serán más poderosas, baratas e higiénicas, entiéndase saludables. Lo que pasa es que mientras haya petróleo, pues se tiene controlada y explotada a la humanidad por medio del petróleo. No hay que precipitarse, porque resulta que la humanidad está despertando, y eso es peligroso… para los que viven a costa de la humanidad, claro. Por lo tanto, cuanto más puntos de control tengan sobre ella, mejor. Pero estábamos hablando de los solsticios y los equinoccios, ¿verdad? ¿Verdad?

—Sí… ¡Sí! —Respingó la pasmada Daisy.

—Ajá. Bueno, yo creo que lo más sensato cuando una cosa no se sabe, es aprenderla. De modo que si a usted le dicen, pongo por caso, *evisceración*, y no tiene ni idea de lo que significa, pues le mete mano a un diccionario, y asunto arreglado. Apuesto a que la palabra *evisceración* está en el diccionario. Pero yo le estaba hablando de los equinoccios y los solsticios. Es muy sencillo: equinoccio es cuando el sol está sobre el ecuador, de modo que los días y las noches tienen la misma longitud. Y solsticio es cuando el sol está en uno de los trópicos, o sea el de Cáncer o el de Capricornio. Porque tenemos dos trópicos, ¿sabe usted? Cada uno de ellos está situado a unos veintitrés grados y veintisiete minutos de distancia del ecuador. Ésta es otra: los grados y los minutos. Hay quien se cree que cuando se dice «estamos a tantos grados y tantos minutos» se está hablando de la hora. Pues no señor: se está hablando de distancias… ¿Me va siguiendo, señorita Hischman?

Daisy Hischman oía a Mac Nab, pero no «le seguía», porque desde unos segundos antes estaba muy desconcertada: salvo que ella se estuviese equivocando, cosa que no parecía factible, estaban viajando hacia su casa, la lujosa mansión de los Hischman en Beverly Hills, en la zona residencial, no la comercial…

—¿No me ha oído?

—Sí… Sí, señor…

—¿Y qué opina usted de los solsticios? Porque ya debe usted saber que hay dos, ¿no?: el de verano y el de invierno.

—Sí, sí…

No cabía duda. Estaban viajando hacia su casa. Tanto era así, que Daisy la veía ya. Circulaban por entre magníficas villas que conocía perfectamente, tanto como la suya propia, que estaba ya muy cerca, muy cerca, muy cerca… Tan cerca, que finalmente el deportivo color guinda se detuvo delante de las cerradas verjas.

Entonces, Mac Nab comenzó a hacer sonar el claxon hasta que apareció corriendo un criado, que se apresuró a abrir. Al ver a Mac Nab al volante del coche, su ceño se frunció, abrió la boca, miró a Daisy, y de nuevo a Mac Nab, que dijo:

—¿Cuántos equinoccios hay?

—Señorita Hischman —empezó el criado—, este hombre…

¡Braaarrraamm!, pasó el deportivo junto al criado, ahogando su voz. Segundos después, Mac Nab detenía el coche delante de la

magnífica mansión, y tras apagar el motor, miró sonriente a Daisy.

—Bueno, por fin podré ver a su padre.

—¿Mi… mi padre…?

—Sí. Conseguí su dirección, pero resulta que esa dirección correspondía a unas oficinillas que tiene su padre en Sunset Boulevard, donde siempre se me dice que no está. He intentado que me reciba aquí, pero no hay modo. He querido comunicarme con él por teléfono, pero nunca está ni en casa, ni en la oficinilla, ni en los estudios… Así que me dije: Morris, tienes que solucionar el asunto como sea, con tal de ver al señor Hischman.

—¿No… no me ha… secuestrado, usted?

—Pues no. ¡Pero si se lo va a tomar a mal, la secuestro!

—Dios mío…

—¿De verdad lo creyó? ¿Se asustó? ¿Tan mala facha tengo? Oiga, está un poco pálida… ¿Por qué no tomamos un aperitivo? Al mismo tiempo, ¿será tan amable de decirle a su padre que Morris Mac Nab quiere hablar con él?

Daisy se pasó las manos por la cara y suspiró.

—Señor Mac Nab, mi padre no está en Los Ángeles.

—¿Dónde está?

—Creo que en Miami. Se fue allá hace un par de días, y eso es todo lo que sé.

—Vaya… Al parecer, nos cruzamos en el aire. Hace un par de días que yo estoy intentando verlo por todos los medios. Sus criados y empleados diversos se han encargado de impedírmelo sin darme ninguna explicación. Claro que si está en Miami… ¿Qué me dice de ese aperitivo?

—Debería avisar a la policía —la voz de Daisy se tornó aguda—. ¡Me ha asustado usted!

—Vamos, no ponga esa cara. Es usted demasiado joven y bonita para mirarme con furia. Además, soy amigo de un amigo de su padre, de un tal Lewis Rudd… ¿Lo conoce usted? A Rudd. A su padre ya supongo que sí.

—Pero a Rudd, no. Creo que será mejor que entremos, desde luego.

—Estupendo. ¿A qué hora acostumbra usted almorzar?

—Pues. —Daisy no pudo evitar echarse a reír— suelo hacerlo precisamente después del aperitivo.

—¡Toma, igual que yo! Y a lo mejor hasta tenemos los mismos gustos en cuestión de comidas.

—Es usted todo un caradura, señor Mac Nab. Pero me gusta. Desde luego está invitado a almorzar.

—Es lo menos que puede usted hacer con quien acaba de salvarla de un secuestro —dijo muy serio el señor Mac Nab.

* * *

Walter Hischman llegó a su casa directamente del aeropuerto aquella misma tarde. El mayordomo le recibió con la noticia de que un tipo estrafalario estaba con la señorita Daisy en el salón, pero Hischman no le prestó mucha atención. Estaba muy preocupado. Tan preocupado que estuvo tentado de subir a su habitación sin tan siquiera pasar a saludar a su hija. Pero la risa de ésta le atrajo hacia el salón.

Cuando se asomó, Daisy estaba sentada a la alfombra, delante de un sujeto que ocupaba el centro del sofá como un sultán ocuparía su trono de cojinetes, y lo miraba con los ojos muy abiertos ahora, apoyada la barbilla en las manos.

El tipo dejó de hablar, volvió la cabeza, y se quedó mirando a Walter Hischman. Daisy parpadeó, frunció el ceño, y finalmente miró hacia la puerta.

—¡Ah, papá…! —Se puso rápidamente en pie—. ¡Hola!

—¿Qué tal? —Se acercó Hischman, sonriendo.

Su hija le besó en ambas mejillas, y luego señaló a Morris Mac Nab, que se había puesto en pie y miraba con suma atención a Walter Hischman. Éste era un hombre de mediana estatura, más bien grueso, de abundante cabellera gris, ojos oscuros y penetrantes, bien vestido pese a su poco agraciada figura.

—Se llama Mac Nab —señaló Daisy a éste—. Le prometí que le conseguiría una entrevista contigo, papá.

—Ah. ¿Cómo está, señor Mac Nab?

—Muy bien, gracias. ¿Ha tenido buen viaje, señor Hischman?

—Sí… Aceptable, gracias. Bien, respecto a la entrevista, la verdad es que estoy muy cansado…

—No tengo una prisa especial. Y realmente, ni Lewis Rudd ni James Stivers van a apresurarnos, ¿no le parece?

Walter Hischman palideció. Su hija no se dio cuenta de esto, ya

que estaba mirando a Mac Nab, el cual sí se dio perfecta cuenta de la impresión que sus palabras causaban en Hischman.

—No —murmuró Hischman—. No van a apresurarnos. De todos modos, quizá sería conveniente que le recibiese a usted esta misma tarde. ¿Me permite unos minutos para darme un baño y cambiarme de ropa?

—Desde luego, señor Hischman.

Casi media hora más tarde y pese a las protestas de su hija, Walter Hischman recibía en su despacho, a solas, a Morris Mac Nab. Se sentaron los dos, Mac Nab aceptó el cigarro cubano que le ofrecía Hischman, y tras encenderlo, se quedó mirando a su anfitrión, fijamente. El cual, a su vez, lo contemplaba con suma atención.

—¿Encontró a Rudd y Stivers, señor Hischman?

Éste asintió con un gesto, mientras murmuraba:

—¿Los mató usted?

—Debe haber cierto revuelo en Miami, ¿verdad? —sonrió fríamente Mac Nab.

—¿Lo hizo usted? —insistió Hischman.

—Quizá. Pero en todo caso, eso sólo debería aumentar sus simpatías hacia mí, ya que usted fue a Miami precisamente a matar a esos dos asesinos, ¿no es así?

—¿Está usted loco? —jadeó Hischman.

—No, señor. Y para que usted no viva engañado, debo decirle que voy a pedirle mucho dinero. Mucho.

—¿A cambio de qué?

—De cierto manuscrito que no ha sido destruido, contrariamente a lo que aseguraba cierto telegrama. Estoy seguro de que usted me está entendiendo, señor Hischman.

—No demasiado.

—Podemos perder todo el tiempo que quiera —dijo Mac Nab, chupando del cigarro—. A decir verdad, yo considero que después del golpe de fortuna que he tenido, ya no me queda nada más por hacer en la vida. Quiero decir que a partir de ahora, mis preocupaciones han terminado.

—¿Cuáles preocupaciones?

—Dinero… y cosas así —expelió placenteramente el humo Mac Nab—. Quiero decir, todo lo que puede comprarse con dinero:

desde una mujer a un elefante.

—No me gusta usted, señor Mac Nab.

Morris se quedó mirando estupefacto a Walter Hischman. Por fin, soltó un refunfuño:

—Menos me gusta usted a mí. A fin de cuentas, al menos los tipos como ellos y yo damos la cara, arriesgamos algo.

—¿A qué se refiere?

—Oiga, señor Hischman, esto parece un jeroglífico de esos que salen en los pasatiempos de las revistas. Le ponen una silla, una manzana, un avión y un zapato, y le preguntan: ¿qué día es hoy? Y uno tiene que comprenderlo. Bueno, pues yo no he entendido nunca esas cosas, así que quiero que hablemos claro.

—De acuerdo —dijo secamente Hischman—. Empiece usted.

—Muy bien. Yo tengo un manuscrito que, por el momento, vamos a valorar en un millón de dólares…

—¡Está loco!

—Ya verá cómo no. Aparte de que las entregas pueden ser en cantidades más pequeñas. Con veinticinco mil dólares en efectivo para ponerme en órbita, me conformaré, de momento. Pero, antes de llegar a un acuerdo definitivo, usted quiere saber qué es lo que sé yo, ¿no es así? Bueno, le diré que últimamente hice un… «trabajo» con Stivers y Rudd. Me contrataron para apoyarles en una cosilla que a mí me parecía muy fácil, pero que no, que resultó ser dificililla. De todos modos, lo hicimos bien, porque los tres somos… Bueno, ellos *eran* buenos profesionales. ¿Lo comprende?

—No.

—Asesinos profesionales, señor Hischman —dijo secamente Mac Nab—. Como le digo, hace poco trabajé para ellos, así que teníamos relaciones últimamente. Así, supe que los dos, junto con una chica muy linda llamada Marylin Milford,
partieron’ hace
unos días a Chicago. Poco después, leo en los periódicos que un tal Henry Jamison se ha suicidado… en Chicago. Y Rudd y Stivers regresan. Poco después, sólo unas horas después, regresa la chica, Pero no es eso lo que me llamó la atención, sino la identidad del hombre que se ha suicidado. Yo conocí hace algunos años a Jamison, y le aseguro que no era de los que se suicidan. Era un profesional, también. En fin, para no alargarlo mucho, le diré que

comprendí que Stivers y Rudd habían ido a Chicago para cargárselo. Haciéndome el tonto, fui a verlos, y les hablé de Jamison, de lo que había leído en los periódicos sobre su muerte. Total, que me las arreglé para estar allí cuando Rudd quiso quemar un montón de páginas escritas a máquina. Ahora sí va usted comprendiendo, ¿verdad?

—Siga.

—Lo que no les dije a Rudd y Stivers fue que, precisamente, venía de visitar a su amiguita Marylin, a la que, tras darle unos cuantos golpes, convencí de que debía sincerarse conmigo. Luego, como agradecimiento, la tiré por una ventana de la habitación del Ocean Hotel. ¿No leyó eso en los periódicos?

—Sí —palideció Hischman.

—En fin, que sabía más o menos de qué iba el asunto: habían quitado de en medio a Jamison precisamente para arrebatarle aquellos papeles. Y le voy a dar un pequeño susto: Rudd y Stivers le habían enviado a usted el telegrama, pero no habían quemado las páginas escritas por Jamison, porque antes querían saber si podrían utilizarlas contra usted en caso de que usted se pusiera peligroso. Pero aquellas páginas eran pura dinamita también contra ellos, así que, en efecto, tal como le habían dicho en el telegrama, decidieron destruirlas. Yo se lo impedí. Y me alegro de haberlo hecho, porque gracias a esas páginas tendré un millón de dólares dentro de poco.

—¿Qué dice en esas páginas?

—Es la historia que cuenta sobre su vida un hombre que, a los cuarenta y seis años, después de varios dedicados al asesinato por encargo, se encuentra con la desagradable sorpresa de que padece leucemia. Está condenado a muerte. Y a corto plazo. ¿Qué hace entonces? Pues, escribe sus memorias. Parte de ellas hacen referencia a usted, señor Hischman. Y no me diga que no sabe nada al respecto.

—Todo lo que sé es que un individuo llamado Jamison vino hace unas semanas a ofrecerme un guión para una película. Bueno, me ofreció la historia escrita un tanto rudimentariamente, pero lista para que los guionistas de mi productora pudiesen trabajarla.

—Increíble. ¿Jamison vino a ofrecerle a usted sus… memorias?

—Sí.

—¡Pero si usted era mencionado en ellas!

—Dijo que si me interesaba la oferta, cambiaría la parte donde me mencionaba, que me pondría otro nombre.

—Entiendo. Pero, el relato sería demasiado claro, y todo el mundo sabría que el señor X era, en realidad Walter Hischman, ¿no es así?

—Sí. Le pedí a Jamison que no escribiese esas memorias, que no las terminase, pero no me hizo caso. Desapareció…

—Pero usted envió a Stivers y Rudd a buscarlo, para que le quitasen esas memorias y le cerrasen la boca para siempre. ¿Y sabe por qué envió a Stivers y Rudd? Porque ellos también formaban parte del grupo que a usted le preocupaba últimamente… Si Jamison se ponía tonto, Rudd y Stivers podían hacer lo mismo en cualquier momento, así que decidió que ellos eliminasen a Jamison, y usted los eliminaría luego a ellos dos. Por eso, eh cuanto recibió el telegrama y supo o creyó que el manuscrito había sido destruido, partió hacia Miami, para asesinar a Rudd y Stivers y asegurarse de que ya nadie podría nunca relacionarle a usted con el caso Robensein, ni con tres asesinos como fueron Henry Jamison, Lewis Ruad y James Stivers. Tres asesinos que usted envió a matar a toda la familia Robensein hace de esto seis meses.

—No —jadeó Hischman—. ¡No!

—Sí, señor Hischman. Recurrió usted a tres asesinos de los mejores, de esos eficacísimos, que nunca habían sido fichados. Sin embargo, uno de ellos, al menos, dejó la pista del manuscrito antes de ser asesinados por los otros dos… a los cuales quería usted eliminar, pero yo le he aliviado de esa molestia. Ahora sólo quedamos usted y yo. Así pues, hagamos el trato: veinticinco mil dólares cuanto antes, y el resto en pagos trimestrales hasta el millón. Ya ve que no le atosigo.

—No es cierto… No podrá probar lo que ha dicho…

—¿Probarlo? ¡Tengo el manuscrito de Jamison!

—¡Papeles escritos a máquina! ¡No sirven de nada! Puede haberlos escrito cualquiera… ¡Cualquiera puede haberse inventado una historia contra mí!

—Hace seis meses, señor Hischman, usted tenía una coartada perfecta para el caso Robensein… Antes de venir a verle, he leído muy bien todo lo que se escribió sobre el asunto entonces. Así, sé que usted siempre iba a la casa de la playa con los Robensein, pero

precisamente aquella vez no fue. Era cierto, tenía un compromiso… que todos comprenderán que usted mismo había elaborado para no estar presente aquel fin de semana en Malibú Beach, con los Robensein. ¿Por qué? Pues porque usted sabía que aquella noche toda la familia sería asesinada. Aparentemente, por unos cuantos locos sádicos, unos desquiciados mentales, unos… unas bestias repugnantes. Pero la verdad es bien otra: todo fue preparado por usted para que desapareciera *por completo toda la familia Robensein*. Tenían que morir todos, pues de otro modo, si quedaba alguno con vida, usted no podría quedarse con la parte de los Robensein en la productora que ahora gobierna en solitario la XXI Century Films. Para mí, todo está clarísimo, y por si fuera poco, tengo el manuscrito de Jamison. Sólo una cosa no entiendo: ¿cómo se le ocurrió a Jamison la descabellada idea de que usted, precisamente usted, aceptaría filmar una película con los horrendos acontecimientos de Malibú Beach? ¿Qué pretendía con ello además? ¿Dinero? ¿Expiación? Eso es lo que no comprendo. Lo demás todo está clarísimo, ¿verdad, señor Hischman?

—Quiero ver ese manuscrito —susurró Walter Hischman.

—Lo verá. Ah, otra cosa: por si cree que no va a servir de nada un montón de cuartillas escritas a máquina, le diré que Henry Jamison iba firmando cada página a medida que las terminaba. ¿Cree que eso servirá de algo?

—Quiero ver el manuscrito.

—De acuerdo. Reúna veinticinco mil dólares para mañana por la noche. Le estaré esperando en un apartamento que he alquilado en Santa Mónica, y allá dejaremos solucionados todos los puntos. ¿Está conforme?

—Se lo diré cuando haya leído el manuscrito.

—Muy bien. —Mac Nab se puso en pie, tomó un’ bolígrafo de sobre la mesa, y escribió en una cuartilla—. Ésta es mi dirección en Santa Mónica. Creo que debemos vemos a una hora discreta… ¿Las diez de la noche le parece bien?

—Estaré allí.

Morris Mac Nab miró el cigarro, y movió la cabeza con gesto aprobativo.

—Me gustan los cigarros como éste, finos, aromáticos, suaves…

A partir de mañana, no tendré por qué privarme de ellos. Adiós, señor Hischman. Y sobre todo. —Mac Nab se volvió, camino de la puerta, y apuntó con el cigarro a Hischman—, no se confunda conmigo: no soy un mirlo blanco, precisamente. Quiero decir que tengo muy mala… pero que muy mala baba, señor Hischman. Que usted lo pase bien.

Afuera, en el espacioso vestíbulo de la mansión, Mac Nab se encontró con Daisy Hischman, que le estaba esperando.

—¿Ya habéis terminado? —refunfuñó—. ¡Creí que me iba a morir aquí esperando!

—Eres una niña exagerada —sonrió Mac Nab—. Espero que nos seguiremos viendo de vez en cuando, Daisy.

—¿De vez en cuando? —rió ella—. ¡Como que te crees tú que va a serte fácil librarte de mí! ¿Adónde vamos esta noche?

—Voy a estar ocupado.

—¿Con otra mujer? —Frunció el ceño Daisy, tras colgarse del cuello de Mac Nab.

—No. Eres una jovencita preciosa, y yo no soy ningún tonto, Daisy. Si se tratase de asunto de mujeres, me quedaría contigo. Son otros negocios que debo atender esta noche.

—¿Terminarás pronto?

—No lo sé. De todos modos, esta noche no pienso salir. Ni contigo ni con nadie. Nos veremos en otra ocasión.

—Bueno —murmuró ella—. Déjame al menos que te lleve en mi coche adonde quieras, Morris.

—Eso sí te lo agradeceré. Vamos a Santa Mónica.

CAPÍTULO VIII

Metió la llave en la cerradura, la giró y empujó la puerta. Encendió la luz, cerró la puerta y se quedó mirando el sórdido apartamento, situado muy cerca de los embarcaderos. En el techo se veía una bombilla sucia, que proporcionaba una luz miserable.

Mac Nab movió la cabeza con un gesto de disgusto, mientras cruzaba el recibidor-comedor-salita de estar y llegaba a la cocina. Se asomó a la ventana de ésta y lanzó un silbido. Unos metros más allá, en la iluminada ventana de la cocina vecina apareció la cabeza de Rachel Townsend.

—¿Ya ha vuelto? —preguntó secamente.

—Vengan aquí los dos —sonrió Mac Nab.

Marty Ross fue el primero en salir de la cocina, al estrecho pasillo que llevaba a una herrumbrosa escalera de incendios. Ayudó a Rachel y segundos después ambos entraban en el apartamento de Mac Nab.

—¿Cómo te ha ido? —se interesó Marty.

—Yo diría que perfecto: Walter Hischman vendrá aquí mañana por la noche a las diez.

—Eso quiere decir que tenemos tiempo sobrado para prepararlo todo —se frotó las manos Marty.

—En efecto. Pero como sabemos muy bien que las cintas grabadas no son admitidas como pruebas concluyentes, habrá que avisar a Foreman, dondequiera que se halle. Probaremos primero en Miami, por si todavía está con aquella parte del asunto. Quiero que Foreman esté aquí, con testigos que lo escuchen todo. Dejaremos que sea él mismo quien elija sus testigos, de tal modo que cuando detenga a Hischman, éste ya no tenga posibilidad alguna de salir de la trampa. ¡Maldita sea, si realmente tuviésemos ese manuscrito no

haría falta montar todo este tinglado!

—¿Él ha admitido todo lo que tú le has dicho?

—No con palabras claras, pero hemos dado en el clavo, Marty, estoy seguro. ¿Por qué, si no, habría aceptado venir a leer el manuscrito y pagarme?

—Ten cuidado, Morris. Si ese tipo ha hecho todo lo que hemos deducido, es peligroso.

—Nosotros también lo somos —encogió los hombros Mac Nab—. Y ahora tenemos una pistola cada uno, gracias a Rudd y a Stivers. Así que no hay que preocuparse —se dio una palmadita al bolsillo izquierdo—. Pensemos en el tinglado que hemos de montar. Habrá que perforar el tabique de separación, para las conexiones. Luego hay que comprar las suficientes para que desde el apartamento que ocupáis vosotros, Foreman y sus testigos lo oigan todo, y la grabadora… En fin, todo. No quiero el menor fallo, Marty.

—No habrán fallos. Y tenemos tiempo de sobra para instalarlo todo.

—De acuerdo. Pues ya podéis volver a vuestro nidito de amor.

—Hombre, Morris… —empezó Marty.

—Él tiene razón —le atajó Rachel, echándole los brazos al cuello —. En nuestras circunstancias amorosas, tres son una multitud, Marty, querido.

Marty iba a decir algo, pero Rachel Townsend le besó en los labios, impidiéndoselo.

—Oiga —gruñó Mac Nab, de pésimo talante—, ya está mal que nos esté acompañando a todas partes, pero si quiere besar a Marty, sea más discreta.

Rachel le miró como fascinada.

—¿Decía usted algo, señor Mac Nab?

—Que se larguen a besarse a otro sitio.

—¿Qué le ocurre? ¿Está de mal humor?

—Estoy del humor que me da la gana.

—Pero, hombre, no hay para ponerse así, total por un beso de nada —intervino Marty, sonriendo.

—Como si queréis daros un millón de besos —casi ladró Morris Mac Nab—. ¡Pero no en mi presencia!

—¿Y qué tienen de malo unos pocos besos? —preguntó Rachel.

—Oiga usted, señorita Townsend, por mí como si quieren llevar

vida de esquimal, pero dejen de fastidiarme con sus tonterías. Tanto darse la manita y mirarse y sonreírse, ¡y hasta besarse ante mis narices! ¡Ya me tienen
harto'!
¿Se entera?

—Pero, hombre, Morris… —empezó Marty.

—¡Pero narices! ¡Largo de aquí los dos! ¡Y que lo paséis muy bien!

—Haremos todo lo posible —aseguró Rachel—. ¿Vamos, Marty, querido amor mío?

—Sí, vamos, Rachel, querida muñequita.

—¡Menudo par de cursis! —estalló Mac Nab.

—Envidioso —sonrió Rachel.

—¡Fuera de aquí!

Rachel Townsend y Marty Ross abandonaron el apartamento por donde habían llegado. Mac Nab esperó a que estuviesen en el suyo, y entonces comenzó a refunfuñar, hasta que, de pronto, quedó en silencio.

—Bueno —gruñó—, ¿y a mí qué demonios me importa esa cretina que prefiere ir a Alaska que a Miami? ¡Que se vaya al demonio!

Media hora más tarde, cuando tras examinar el tabique de separación de apartamentos en busca del lugar adecuado para las perforaciones, Mac Nab se disponía a prepararse algo para cenar, sonó la llamada a la puerta del mugriento apartamento. La mano de Mac Nab fue ruda al bolsillo izquierdo, y los dedos se cerraron en torno a la culata de la pistola. Su mente estaba trabajando a toda velocidad… Evidentemente, Walter Hischman sabía muy bien dónde contratar a alguien capaz de quitarlo de en medio, y había pasado el tiempo suficiente para que hubiese podido hacerlo. Pero… ¿se iba a arriesgar de nuevo Hischman a contratar asesinos, ahora que habían muerto los tres que tanto debían haberle preocupado anteriormente, sobre todo Henry Jamison?

Tonterías.

Pero ¿quién…?

—¡Morris! —Oyó la voz a través de la puerta—. ¡Morris, abre, por favor!

El detective privado quedó atónito. Se acercó a la puerta y se

colocó a un lado.

—¿Daisy? ¿Eres tú, Daisy?

—¡Claro que soy yo! ¡Abre, o se me va a caer todo!

Los labios de Mac Nab se apretaron. Sacó la pistola del bolsillo del pantalón, la sujetó con la mano derecha y asió el pomo de la puerta con la izquierda, abriendo de un tirón que lanzó la puerta hacia el otro lado del marco…

Daisy Hischman apareció enseguida cargada con un gran paquete del que sobresalía una larga barra de pan.

—¡Ayúdame! —exclamó—. ¡Se ha roto la bolsa y se va a caer todo al suelo!

Ni siquiera se había dado cuenta de que Mac Nab tenía una pistola en la mano. El detective privado, tras el instante de desconcierto, se asomó al pasillo. No había nadie, no veía trampa alguna… Cerró la puerta, se guardó la pistola y retiró el paquete de las manos de Daisy, con lo que por fin pudo verle bien la cara.

—¡Uf! —exclamó ella—. ¡No estoy acostumbrada a llevar paquetes!

—Eso parece —sonrió todavía desconcertado Mac Nab—. ¿Puedo saber qué haces aquí? Y sobre todo, ¿cómo me has encontrado?

—¡Qué preguntas tan tontas! —se sorprendió Daisy, cuyos grandes y hermosos ojos relucían intensamente—. He venido aquí para cenar contigo, naturalmente, y para ayudarte en lo que sea. Y te he encontrado porque cuando me dijiste que te dejase unas calles más arriba, no confié en ti y te seguí, vi donde entrabas, fui a comprar algunas cosas y he vuelto. ¡He comprado champaña, Morris!

—Hum… Bueno, mira, Daisy, éste no es sitio para ti…

—¿Por qué no?

—Pues… Vaya, eres muy joven, y…

—¡Qué tontería! —Se pasmó la muchacha—. Tengo ya diecinueve años, y sé lo suficiente de la vida para que ni tú ni yo tengamos ninguna sorpresa. Además, me gusta estar contigo… ¿Qué tiene de malo?

—Vamos, vamos, Daisy, esto es una pocilga…

—Bueno, eso no importa demasiado. Por otra parte, supongo que mi padre te dará pronto un trabajo interesante, y podrás vivir

en un sitio mejor… ¿O no fuiste a pedirle un trabajo?

—Bueno, sí, en cierto modo… ¿Adónde vas?

—A la cocina. Supongo que habrá un frigorífico en el que podremos poner a enfriar el champaña… ¡Y deja ya esa bolsa en algún sitio!

Daisy localizó la cocina por sí misma, y Morris Mac Nab fue tras ella. Dejó el paquete sobre la mesa, se volvió hacia la muchacha, y ésta se colgó de su cuello.

—Y te advierto —susurró Daisy— que no habrá nada ni nadie capaz de impedirme estar contigo, Morris.

—Daisy, debes…

Ella le besó, así que Mac Nab no pudo continuar moviendo los labios. Lo que sí pudo conseguir, tras cierto forcejeo, fue separar de sí a Daisy, que emitió una risita.

—Te lo diré de otro modo, Morris Mac Nab —dijo la muchacha —, si no me aceptas como invitada esta noche, me arrancaré la ropa y saldré de tu apartamento gritando… ¿Qué te parece?

—Supongo que creerían lo que dirías en tus gritos —sonrió Mac Nab—. Bueno, puesto a elegir, creo que debemos dedicarnos a cenar. ¿Qué has traído?

Eran casi las diez de la noche cuando terminaron de cenar. Para entonces, Mac Nab se había convencido sobradamente de que Daisy Hischman no había llegado allí con ningún truco que pudiese perjudicarlo a él enviada por su padre. No. Simplemente en realidad él le gustaba a Daisy, y ella estaba acostumbrada a tener todo lo que le gustaba.

La botella de champaña estaba vacía, y Daisy, sentada en el destartalado sofá, la tenía boca abajo, dejando caer al suelo las últimas gotas.

—¿Y si fuese a comprar otra?

—Ni hablar —negó Mac Nab—. Lo que tienes que hacer ahora es marcharte a tu casa, Daisy.

—No estás hablando en serio —rió ella.

—Completamente en serio.

—Bueno —frunció el ceño la dulce Daisy—, me dejarás al menos que te ayude a limpiar la cocina.

—A decir verdad —frunció también el ceño Mac Nab—, eso es algo que siempre he detestado.

—Pues vamos allá. Luego hablaremos sobre nuestras siguientes actividades. Yo tengo una buena idea al respecto. ¿Y tú?

—Dudo mucho que tu idea sea buena —gruñó Mac Nab.

—Bueno. —Daisy se tomó de su brazo, tirando de él hacia la cocina—, ya te digo que luego la discutiremos. Eres un hombre muy peculiar, Morris… ¿Me das un beso?

—Más tarde.

—¡Oh! ¡Estupendo! ¡Por fin has comprendido!

—Eres tú quien no comprende: después de fregar platos, yo no sirvo para nada, absolutamente para nada.

—Eso ya lo veremos —rió Daisy.

Mac Nab no tuvo más remedio que reír también. Llegaron a la cocina, y Daisy comenzó a dirigir la operación limpieza. Lo hacía tan mal, que el detective privado comenzó a divertirse en verdad; lo que a su vez divirtió a Daisy, que comenzó a reír; y la risa de ella provocó la de él…

Y así estaban, fregando platos y riendo, cuando aparecieron los dos hombres en la puerta de la cocina.

Daisy se llevó tal sorpresa que lanzó un plato hacia arriba, dando un gritito que truncó su risa. Pero más que la sorpresa, su risa la truncaron las balas… El plato no subió muy alto, porque cuando salió de la mano de Daisy, los dos hombres estaban disparando ya sus armas silenciosas, y las balas lo hicieron saltar en pedazos… Por el momento, Mac Nab sólo supo que el cuerpo de Daisy fue proyectado contra el suyo, mientras, lívido por la sorpresa y el sobresalto, dejaba caer el plato que estaba secando y llevaba la mano al bolsillo del pantalón. Mientras sacaba la pistola, caía hacia atrás, empujado por el cuerpo de Daisy, y varias balas pasaban zumbando por encima de su cabeza y chocaban contra la pared, destrozaban los cristales de la ventana…

Igual que estaban destrozando la belleza y la vida de Daisy Hischman.

Sólo más tarde, cuando se hubiese serenado, Mac Nab vería las horribles heridas en el cuerpo de la muchacha. Sólo mucho más tarde, vería los dos boquetes en el cuello, el negruzco agujero bajo el pómulo derecho, las manchas de sangre en el pecho de Daisy, sus bonitos ojos tan abiertos, desorientados, y su boca sonrosada crispada por el dolor y la sorpresa de la muerte.

Pero entonces, Mac Nab ni siquiera pensó que la presencia de Daisy Hischman en aquel apartamento le había salvado la vida, le estaba salvando la vida. Porque, al estar la muchacha más cerca de la puerta que él, todas las primeras balas fueron a su cuerpo, y él tuvo tiempo de sacar la pistola con la mano izquierda, alzar la mano, disparar y ver cómo el ojo derecho de uno de aquellos hombres reventaba horriblemente y el hombre saltaba de espaldas hacia el recibidor-comedor-salita de estar, mientras el otro, profiriendo un grito de alarma, saltaba hacia un lado, desapareciendo del campo visual del detective privado.

Mac Nab disparó todavía otra vez más antes de que el peso del cuerpo de Daisy le desequilibrase. Tuvo que sujetar a la muchacha, y la estaba depositando en el piso de la cocina cuando vio al asesino ileso cruzando velozmente ante la puerta, hacia la del apartamento.

Mac Nab ni siquiera miró todavía el rostro de Daisy. Dejó el cuerpo en el suelo y salió al comedor. El asesino ileso había escapado, había salido ya del apartamento, y se oían sus veloces pisadas en las escaleras. En alguna parte, alguien preguntaba qué ocurría. En el pasillo metálico de la escalera de incendios se oían las pisadas de Marty Ross, y desde allí llegaba su voz:

—¡Morris! ¡Morris!

Morris Mac Nab no hizo caso de su amigo. Salió corriendo del apartamento, y se lanzó escaleras abajo.

Apareció en la calle justo a tiempo de presenciar la escena.

Fue como si hubiesen estado esperando para ofrecérsela, en calidad de rabiosa exclusiva y extraordinario estreno…

El hombre corría cruzando la calle y entonces, desde un coche estacionado brotaron varios disparos. El asesino fue alcanzado ya por la primera bala; lanzó un berrido, tiró la pistola hacia arriba, giró, recibió otro balazo, cayó de rodillas y recibió otro balazo, ahora en el vientre, pues se llevó las manos allí… El siguiente balazo fue dirigido hacia Mac Nab, que se cobijó rápidamente en el portal. Oyó el motor del coche, se asomó con la pistola por delante y apuntó… Tuvo un instante de espanto, de frío intenso cuando vio el coche lanzado poderosamente hacia el asesino que todavía estaba de rodillas con las manos en el vientre… El golpe que le propinó el coche fue terrible, y pareció que la máquina lo engullese. Casi al mismo tiempo, Mac Nab veía el rostro del conductor, y éste miraba

con expresión desorbitada a Mac Nab. Era Walter Hischman.

Mac Nab alzó la pistola de nuevo, pero el coche pasó por encima del cadáver del asesino, rebotó, y desapareció a toda velocidad por el callejón. Las tres balas que disparó Mac Nab, simplemente, rebotaron en la reluciente carrocería.

Marty Ross apareció por detrás de Mac Nab. Había visto solamente el coche contra el que disparaba su jefe y amigo, escapando.

—¡Vamos a por el…!

—No —susurró Mac Nab—. Déjalo. Nunca escapará.

Marty… Nunca.

—Pero…

—Es Hischman.

Mac Nab subió a su apartamento. Cuando llegó a la cocina, Rachel ya estaba allí, arrodillada junto a Daisy. Mac Nab ni siquiera había reparado en los vecinos del sórdido edificio, algunos de ellos en camiseta, que cambiaban excitados comentarios en el pasillo. Tampoco oía la sirena del coche policial que alguien había llamado… Se arrodilló también junto a la muchacha, y se quedó mirando el desencajado rostro, que antes había estado tan hermoso, tan alegre, tan lleno de vida…

¿Qué reacción tendría Walter Hischman cuando se enterase? Había contratado precipitadamente a dos asesinos, a dos carniceros de baja estofa para que acribillasen a balazos «al tipo que encontrarían en tal dirección de Santa Mónica»… Sí, Hischman había enviado a dos asesinos baratos, de esos que se compran por unos pocos dólares y que hacen el trabajo de cualquier manera, a lo bestia. Hischman tenía prisa en terminar con aquello. Envía a dos rufianes de pacotilla a asesinar a Mac Nab, y luego, él espera a los dos rufianes, dispuesto a acribillarlos cuando salgan de cumplir su «trabajo». Y así, asunto terminado.

¿Qué haría Walter Hischman cuando supiese que la vida de su propia hija había salvado la de Mac Nab?

Porque lo sabría… El propio Mac Nab se encargaría de que el hecho fuese mencionado por los periódicos. Y además, Hischman le había visto vivo antes de escapar. Por lo tanto, se escondería… Ya no esperaría en su mansión de Beverly Hills, sino que se escondería, temiendo la represalia de Mac Nab si no llegaba a saber que éste era

un detective privado que…

—Pobre muchacha…

Mac Nab volvió la cabeza, y vio el pálido rostro de Marty.

—Si —musitó—. Pero compadezco más al padre cuando se entere de lo ocurrido, cuando sepa de qué modo se ha despedido de este mundo cruel su propia hija… Por pocas entrañas que tenga Walter Hischman, no quisiera estar en su pellejo cuando sepa cómo ha dicho su hija «adiós, mundo cruel»…

—Está llegando la policía —dijo Rachel Townsend, con voz ahogada.

Mac Nab la miró. Luego, miró a Marty.

—Llévatela de aquí, Marty. Marcharos los dos, yo me encargaré de todo.

—De ninguna manera, Morris. No voy a dejarte solo ahora.

—No necesito…

—Te digo que no.

—Está bien. Pero hazme un favor: envía a la señorita Townsend a Alaska de una vez. Si se queda solo conseguirá complicarse la vida y perder sus vacaciones. Y date prisa, pues, en efecto, la policía va a llegar de un momento a otro…

* * *

El inspector Carpenter, del FBI, jefe de la delegación de Los Ángeles, señaló una silla cuando Morris Mac Nab entró en su despacho.

—Siéntese, señor Mac Nab. ¿Y su empleado, el señor Ross?

—Usted sólo ha pedido que viniese yo, si no he entendido mal.

—Así es. Bien, tenemos ya preparado todo el informe tal como usted lo explicó. En estas cuarenta y ocho horas hemos redactado la explicación de tal modo que todo parece estar muy claro…

—¿No han encontrado todavía a Walter Hischman?

—No. Pero lo encontraremos, de eso puede estar seguro. Ese hombre está solo, acorralado… Sabe que por su culpa ha sido muerta a balazos su hija, es decir, que la pobre muchacha ha corrido la suerte que habría corrido la hija de Henry Jamison según la amenaza de Hischman si no se hubiese volado la cabeza… Pasan cosas muy extraordinarias en la vida, ¿verdad? Uno lanza una piedra hacia el cielo, pensando romperle la cabeza al vecino, y

entonces sopla el viento, desvía la piedra… y cae sobre la cabeza de quien la lanzó.

—Sí… Pasan cosas muy extraordinarias.

—Como la explicación que usted encontró para el caso Robensein —sonrió Carpenter—. A juzgar por los acontecimientos, todo parece indicar que dio usted en el clavo, pero si lo examina todo detenidamente, verá que no tenemos pruebas concretas de nada, señor Mac Nab.

—Si las explicaciones que les di no le gustan, busquen ustedes otras. Con mis informes les he resuelto a ustedes el caso Robensein, el… «suicidio» de Henry Jamison en Chicago, el «accidente» de Marylin Milford en Miami, las muertes de dos asesinos profesionales llamados Rudd y Stivers en Miami, y otros dos de baja estofa en Los Ángeles, llamados Gibbs y Lentire, si no recuerdo mal. ¿Qué más quieren de mí?

—Realmente, no se le puede pedir más. Vamos, señor Mac Nab, no se encrespe. Estoy seguro de que usted ha encontrado en todo esto la misma zona oscura que yo.

—¿Qué zona oscura?

—Vamos a dar por cierto que Henry Jamison escribiese esas memorias que fueron destruidas en Miami por Stivers y Rudd. Lo que no comprendo yo es que informase de ello a Walter Hischman, que estaba tan implicado en sus memorias, en al caso Robensein, hasta el punto de que Hischman se habría visto muy acosado por nosotros. Jamison debía saber eso, y sin embargo, fue a decirle a Hischman que iba a escribir sus memorias, con lo que facultó a Hischman para que tomase sus medidas. ¿Le parece razonable esto?

—He estado pensando en ello —admitió Mac Nab—, y la única explicación que encuentro es ésta: Jamison sabía que iba a morir, así que informó a Hischman de la redacción de sus memorias para que Hischman enviase alguien a matarlo. Sólo que Jamison arregló las cosas de modo que los que se interesasen por él por medio de su hija o su ex mujer, lo encontrasen cuando él ya lo tuviese escrito todo. A partir de ese momento ya no le interesaría vivir, y le iban a hacer un favor si lo mataban.

—Interesante teoría —susurró Carpenter—. Y admisible. Pero en definitiva, las memorias de Henry Jamison han sido destruidas, con lo que éste no ha conseguido su propósito de publicarlas o llevarlas

al cine. Y no puedo creer que las escribiese para que sus dos compañeros en el caso Robensein las destruyesen. Todo está bien, todo me parece razonable, menos esto. Si Jamison escribió un libro, bueno o malo, no fue para que lo destruyesen, sino para que se publicase.

—Bien… ¿Qué quiere decir?

—Pienso —sonrió amablemente el hombre del FBI— que Henry Jamison debió prevenir todas las contingencias, y que deben existir copias de esas memorias.

—¿Cree que las tengo yo? —Se pasmó Mac Nab.

—No he dicho eso.

—Pero lo piensa.

—En realidad, señor Mac Nab, necesitaríamos esas memorias para terminar el informe. Este informe está basado todo sobre la palabra de usted. No hay pruebas concretas, no hay firmas, no hay testigos de nada… No sé si me entiende.

—Sí. Y lo siento, pero no tengo nada más.

Carpenter hizo un gesto de resignación.

—Otra cosa: esta tarde es el sepelio de la hija de Hischman. Se lo digo por si usted desea acudir. Evidentemente, el padre se ha dado a la fuga, así que se ha encargado de todo el personal empleado en la casa de los Hischman. ¿Acudirá usted?

—Sí.

ESTE ES EL FINAL

Mientras el reverendo Stockner despedía de este mundo cruel a Daisy Hischman, el inspector Carpenter, algo alejado del numerosísimo grupo de personas que habían acudido al cementerio, iba mirando de unos a otros, baja la cabeza, disimulando lo mejor posible. Tenía el convencimiento de que Walter Hischman, el hombre culpable de todo, de tantas muertes, incluida la de su propia hija, aparecería por allí, de un modo u otro…

Así pues, Carpenter vio aparecer a la preciosa joven rubia que se acercó lo suficiente para que Marty Ross, el colaborador de Mac Nab y éste mismo, la viesen. En los rostros de ambos apareció la sorpresa. Mac Nab susurró algo, y Ross fue hacia la muchacha. Ella le estaba mostrando un gran sobre que había sacado de su bolso. Ross se sobresaltó, apareció en su rostro una expresión de incredulidad. Tomó el sobre y miró hacia Mac Nab, que los estaba contemplando, con el ceño fruncido. La seña de Ross fue de las que no admiten réplica, así que, obedeciéndola, Mac Nab se acercó a su ayudante ya la hermosa joven recién llegada…

Carpenter frunció el ceño.

¿Qué estaba ocurriendo?

—… Cuando ni siquiera había entrado plenamente en la juventud. Líbranos, Señor, de la violencia que…

Mac Nab había llegado junto a Ross y la muchacha, los había escuchado, se había erguido vivamente y había tomado el gran sobre. Y enseguida se había vuelto hacia Carpenter, haciendo señas. El inspector del FBI se tocó el pecho con un dedo, y alzó las cejas. ¿Yo? Mac Nab asintió. Carpenter fue hacia allá.

Mientras caminaba hacia Mac Nab, éste había sacado una cuartilla del sobre, y la leyó tan rápidamente como Marty Ross por encima de su hombro. Cuando Carpenter llegó, Mac Nab le tendió la cuartilla.

—Es una misiva dirigida a mí, inspector. Estaba dentro de este sobre, que la señorita Townsend encontró en la terraza de mi apartamento.

—¿Tiene usted un apartamento en Los Ángeles? —se sorprendió Carpenter.

—No. En Chicago, naturalmente. Pero ella estuvo allí, y encontró… —Mac Nab se desconcertó—. Caramba: ¿y qué hacía usted en mi apartamento, señorita Townsend?

—Le dije a su portero que me disponía a esperarle allí, y él no tuvo inconveniente. Le hizo gracia. Así que subí, entré, y cuando salí a la terraza esta mañana a tomar el sol, vi el sobre. Estaba detrás de una de las macetas grandes que hay junto a la pequeña tapia de separación con la terraza vecina.

—O sea —añadió Marty Ross—, que sabemos ahora que Henry Jamison no era tonto, ni mucho menos. Hizo una copia de sus memorias, y cuando comprendió que todo iba a terminar para él, te dejó una de las copias en tu terraza.

—Sí, sí, eso ya está claro. Pero sigo sin comprender qué hacía la señorita Townsend en mi apartamento.

—Ya te ha dicho que quería esperarte, ¿no?

—Sí, pero… ¿para qué?

—Desde luego, a veces parece que tengas la cabeza de serrín —masculló Marty Ross—, se te metió en la sesera que ella estaba con nosotros por mí, y ya no ha habido modo de hacerte comprender nada. Maldita sea, Morris, ¿cómo no te has dado cuenta de que Rachel se enamoró de ti desde el primer momento?

—Pero… Siempre estabais juntos… ¡Te besó!

—Muchacho, eres un gran investigador, pero para estas cosas resultas más bien duro de mollera. ¡Claro que me besó, a ver si reaccionabas! Y como parecías tonto a lo grande, en lugar de irse a esquiar a Alaska, se fue a tu apartamento a ver si lo entendías cuando al llegar allá te la encontrases en la cocina, por ejemplo. Y te advierto una cosa: si Rachel no te gusta, con mucho gusto me lanzaré a su conquista. De modo…

—Fantástico —murmuró Carpenter, que había terminado de leer la misiva.

Éste era el contenido.

«Señor Mac Nab, no soy vecino de usted por casualidad, sino que antes de instalarme aquí me he informado bien sobre quién era el mejor detective privado de Chicago, a fin de contratarlo, lo cual sucederá cuando yo ya esté muerto.

»Le adjunto las páginas que he estado escribiendo estos días. Todas ellas están firmadas, y cuando las lea comprenderá que no hace falta que aquí le explique nada. Me arrepiento de todo cuanto de malo he hecho en esta vida, que ha sido mucho, y le ruego que lleve mi manuscrito a algún editor. Creo que se venderá muy bien, y espero de su honradez que los derechos que proporcione se los entregue usted a mi hijita Carolyn, que está en el Middle College. Claro que puede usted descontar sus honorarios…

»Perdone que nunca haya sido amistoso con usted, pero no quería que nadie pudiese pensar que éramos amigos, con lo cual sólo le habría buscado problemas. Ya ve que le prefiero a usted antes que a la policía. Sé que dará a todo esto un cariz humano, que es lo que yo deseo en beneficio de mi hija. No puedo dejarle dinero ganado de otro modo, pero sí el que se gane con el libro. Confío en su honradez, señor Mac Nab.

»Y espero que al resolver usted este asunto adquiera aún más fama de la que tiene, con lo que, al menos en parte, habré pagado sus honorarios si ningún editor quiere publicar el libro. Sólo me resta decirle que me gustaría que el libro se titulase *Adiós, mundo cruel.*

»Y nada más, señor Mac Nab. Gracias.

*»Henry Jamison (*asesino)».

El reverendo Stockner había terminado de hablar. Algunas personas se movieron, se oyeron suspiros, voces… y, por encima de todo, de pronto, un disparo, en la linde del cementerio. Entonces sonaron gritos, exclamaciones de alarma.

Marty Ross señaló hacia uno de los coches estacionados en la cercana avenida, del cual brotaba una pequeña bolita de humo blanco, y todos comprendieron que el disparo había sido hecho desde aquel coche. Carpenter sacó su pistola, dio órdenes a dos de sus hombres que estaban por allí, movilizó a un policía… Total, para rodear un coche en el que no había peligro alguno. Carpenter había tenido razón: Walter Hischman había acudido al entierro de su hija. Allí estaba dentro del coche desde el cual había asistido a la ceremonia de despedida… antes de despedirse él también de este mundo cruel, metiéndose una bala en la cabeza.

Rachel Townsend se volvió, horrorizada, y se abrazó a Morris Mac Nab, que estaba lívido.

—Por favor, Morris, vámonos de aquí —suplicó Rachel.

—Si. —Susurró Mac Nab—. Creo que los dos necesitamos unas vacaciones en Alaska.

FIN



Lou Carrigan es el seudónimo de Antonio Miguel de los Ángeles Custodios Vera Ramírez.

Nacido en Barcelona en 1934, finalizó en 1953 sus estudios de Peritaje Mercantil, ingresando acto seguido en la banca. En 1958 comenzó a escribir novelas de aventuras, sacrificando el tiempo y los días libres que le dejaba su empleo. El primer western, titulado Un hombre busca a otro hombre, apareció en marzo de 1959; a final de 1959 había escrito 6 novelas del Oeste.

Tras el éxito de sus primeras ediciones, en 1962 abandonó su trabajo en el Banesto para dedicarse en cuerpo y alma a la redacción de novelas de género: aventuras, western, artes marciales, terror… pronto se convirtió en uno de los adalides de aquella generación de autores de «bolsilibros» que teñían sus raíces con barniz anglosajón, aplicado al nombre principalmente: Silver Kane (Francisco González Ledesma), Curtis Garland (Juan Gallardo Muñoz), Joseph Berna (José Luis Bernabeu López)…

Especialmente, la vertiente policíaca y de espionaje han sido las que han conferido a Lou Carrigan mayor reputación entre sus miles de fans, permitiéndole trabajar para editoriales punteras en aquellos días como Rollán, Bruguera, Petronio, Producciones Editoriales,

etcétera.

También ha producido medio millar de títulos protagonizados por un mismo personaje, la letal espía Baby, éxito de masas en la América hispana y sobre todo en tierras brasileñas.

En 2004 el propio autor cifraba en más de 1.100 los libros realizados, algunos reeditados hasta cinco veces, y con numerosas ediciones pirata.

Ha utilizado otros seudónimos como Angelo Antonioni, Crowley Farber, Mortimer Cody, Lou Flanagan, Anthony Hamilton, Sol Harrison, Anthony Michaels, Anthony W. Rawer, Angela Windsor y Giselle…